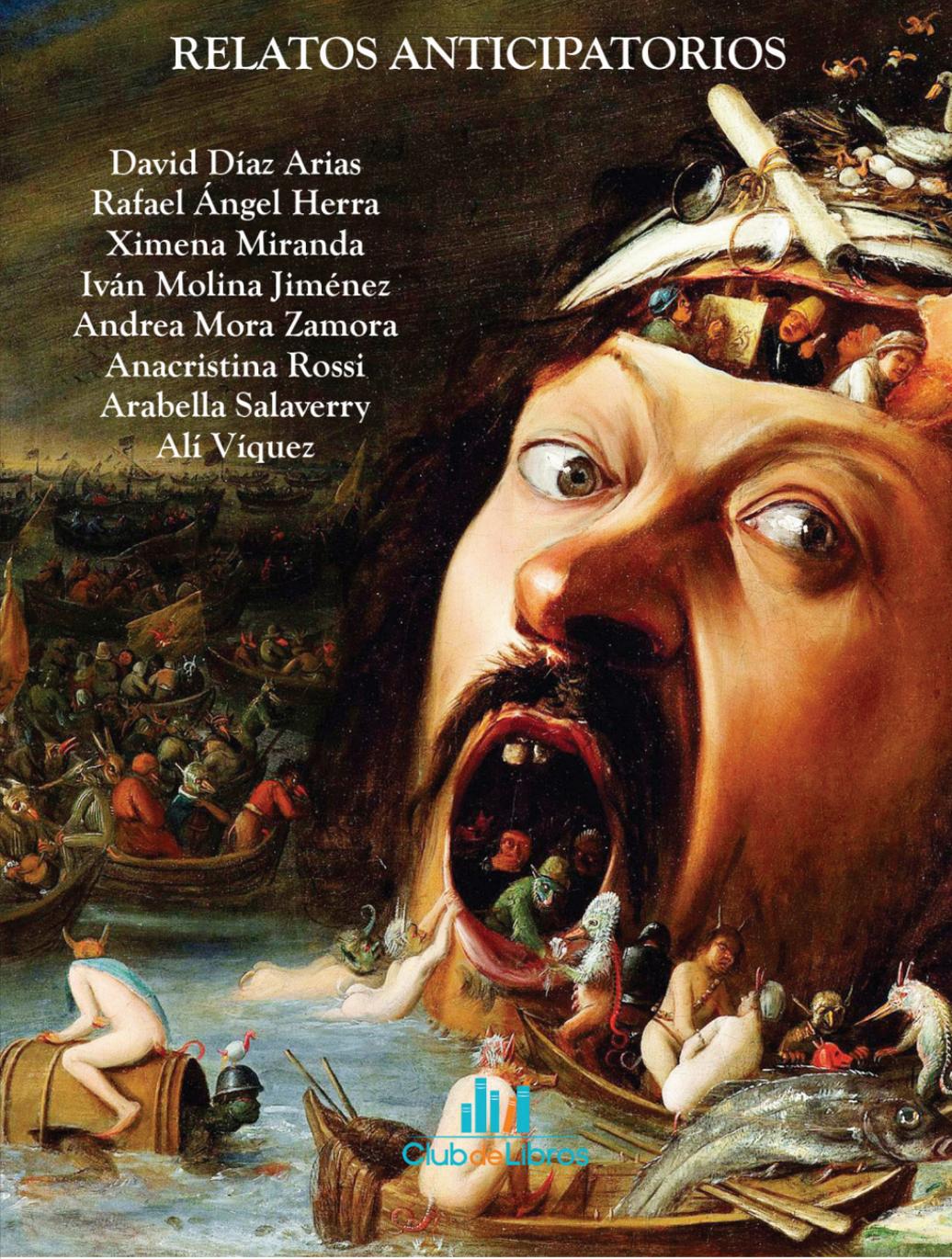


EL PAÍS RESTAURADO

RELATOS ANTICIPATORIOS

David Díaz Arias
Rafael Ángel Herra
Ximena Miranda
Iván Molina Jiménez
Andrea Mora Zamora
Anacristina Rossi
Arabella Salaverry
Alí Viquez



La belleza de la ficción especulativa en general, y de estos ocho relatos anticipatorios en particular, es que son ventanas a lo que podría ser, no a lo que tiene que ser. Estas narrativas -iluminantes, perturbadoras, inspiradoras- son viajes por senderos desde los cuales no debemos regresar inalterados.

Andrea Bell
Hamline University

El país restaurado

EDITORIAL CLUBDELIBROS

David Díaz Arias / Rafael Ángel Herra
Ximena Miranda / Iván Molina Jiménez
Andrea Mora Zamora / Anacristina Rossi
Arabella Salaverry / Alí Viquez

El país restaurado

Relatos anticipatorios

EDITORIAL CLUBDELIBROS

Primera edición: 2019.

© Editorial Clubdelibros.

© David Díaz Arias, Rafael Ángel Herra, Ximena Miranda, Iván Molina Jiménez, Andrea Mora Zamora, Anacristina Rossi, Arabella Salaverry, Ali Viquez.

San José, Costa Rica.

Los personajes, experiencias, entidades, instituciones, eventos o situaciones descritos en este libro son ficticios. Todo parecido con la realidad es pura coincidencia.

Internet: www.clubdelibros.com

Prohibida la reproducción total o parcial por medios mecánicos, electrónicos, digitales o cualquier otro, sin la autorización escrita del editor. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

Diseño de portada y contraportada: Iván Molina Jiménez con base en “La tentación de San Antonio” (c. 1650), de Joos van Craesbeeck.

Impresión: Publicaciones El Atabal, S. A., San José, Costa Rica.

Búscanos en FB: Editorial Clubdelibros y en Twitter: @ClubdelibrosCR

Índice

Presentación	
<i>Andrea Bell</i>	9
Al día siguiente	
<i>Andrea Mora Zamora</i>	13
Cierto ajo malhechor	
<i>Rafael Ángel Herra</i>	27
Futuro imperfecto	
<i>Arabella Salaverry</i>	31
Árbol en el paraíso	
<i>David Díaz Arias</i>	43
Dione	
<i>Ximena Miranda</i>	49
Dejar de fumar	
<i>Ali Viquez</i>	55
Mami, te van a lapidar	
<i>Anacristina Rossi</i>	61
La prima Clara	
<i>Iván Molina Jiménez</i>	75
Acerca de las autoras y los autores	83

Presentación

Cuando Borges concibió la ya clásica metáfora del jardín de los senderos que se bifurcan, bien pudiera haber descrito con ella todo tipo de ficción, pero sin duda capturó la naturaleza misma y el poder de la ficción especulativa, término literario que encapsula las muchas variantes de la ciencia ficción, incluyendo los relatos anticipatorios recogidos en *El país restaurado*. Las ficciones especulativas son, en esencia, experimentos mentales que nos invitan a recorrer una multitud de senderos bifurcados, a explorar lo que podría ser y suceder, a imaginar mil respuestas diferentes a la pregunta “¿Qué pasaría si...?” Es un género que no solo entretiene, sino que desafía a los lectores a examinar la condición humana a través de la lente del distanciamiento, en relatos que describen máquinas que viajan a través del tiempo, encuentros con seres extraterrestres, resultados alternativos de eventos históricos, alteraciones radicales en el cuerpo y la mente humana y cualquier otra posibilidad que inspire nuestra imaginación.

Si bien la ficción especulativa no predice el futuro, sus narrativas sí prevén posibles futuros mediante la extrapolación con base en la realidad conocida. Aunque estos ejercicios extrapolativos a veces muestran un mundo feliz y saludable, las obras más célebres en esta vertiente –*Un mundo feliz* (Aldous Huxley, 1932) 1984 (George Orwell, 1949),

Fahrenheit 451 (Ray Bradbury, 1953), *El cuento de la criada* (Margaret Atwood, 1985), por nombrar algunas- son advertencias escalofrantes sobre las terribles consecuencias que esperan a la sociedad si ciertas tecnologías, instituciones, prácticas y creencias persisten. Esta misión de advertencia es fuerte en la tradición latinoamericana de ficción especulativa, en obras como *La bomba increíble* (Pedro Salinas, 1950), *Los títeres* (Hugo Correa, 1969), *Plop* (Rafael Pinedo, 2007) y los microrrelatos del costarricense, Fernando Contreras Castro, *Fragmentos de la tierra prometida* (2012), y precisamente esta es la misión que une a las ocho narrativas que conforman *El país restaurado*, relatos que tienen como punto de partida el rápido ascenso del cristianismo evangélico en Costa Rica y su incursión en la esfera política a través de la formación y actividades electorales de diversos partidos políticos. ¿Qué sucedería si se intensificara la retórica de esas agrupaciones contra los derechos de la mujer, la igualdad en el matrimonio, la no conformidad de género, la migración y la libertad reproductiva? ¿Qué significaría para el individuo y la sociedad si una ideología religiosa conservadora se codificara en las leyes de la nación y se hiciera cumplir a través de un Estado policial? ¿Qué opciones podrían quedar para aquellos que no se vieran reflejados en esa nueva realidad?

Las ocho personas que han contribuido en esta antología siguen senderos diferentes al buscar respuestas a estas preguntas. La protagonista del cuento de Andrea Mora Zamora, sorprendida por el repentino cambio en su país, alguien que “no lo veía ni quería verlo” hasta que amenazó a su familia, busca desesperadamente una manera de escapar; la corrupción y la hipocresía son los sabores amargos que el crítico gastronómico debe digerir en el texto de Rafael Ángel Herra; los dictámenes del Antiguo Testamento sobre

los roles de género crean una prisión literal y figurativa para la mujer en el centro de la historia de Arabella Salaverry, y de manera similar, se invierte violentamente todo progreso hacia la igualdad de género y los derechos LGBTQ+ en el texto de Anacristina Rossi. Las formas de contestar la opresión son diversas, pues hay humor en la manera en que un par de adolescentes se burla de la autoridad moral en la ficción de David Díaz Arias; ironía en las circunstancias de los dos policías que describe Alí Víquez; fuerza y ternura en la meditación sobre la maternidad y la tecnología reproductiva de Ximena Miranda; y un rayo de esperanza en el discreto acto de compasión y solidaridad de una burócrata en la historia que cierra la colección, de Iván Molina Jiménez.

Y una vez que cerramos el libro y las excursiones por los senderos de este jardín llegan a su fin, ¿entonces qué? ¿Qué viene después de que hayamos contemplado estos posibles futuros? La reflexión, ciertamente. Ojalá la conversación y la motivación a seguir investigando. Con suerte, la convicción que lleva a la acción, porque si bien el pasado está más allá de nuestro alcance, el futuro aún es nuestro para hacer. La belleza de la ficción especulativa en general, y de estos ocho relatos anticipatorios en particular, es que son ventanas a lo que podría ser, no a lo que tiene que ser. Estas narrativas –iluminantes, perturbadoras, inspiradoras– son viajes por senderos desde los cuales no debemos regresar inalterados.

Andrea Bell
Profesora
Departamento de Lenguas Modernas
Hamline University

Al día siguiente

Andrea Mora Zamora

Sabían que lo más difícil iba a ser salir del país. Era el trámite que más las asustaba de todo el proceso. No es que lo que las esperaba allá fuese a ser sencillísimo, pero iba a ser mejor que aquí... o por eso rezaba mientras guardaba el pasaporte que decía un nombre que no era el suyo e inhalaba hondo para calmarse. No era solo el miedo de llegar a la ventanilla, presentar los documentos e inventarse la excusa de hacia dónde se dirigía, era sentir la mirada de los oficiales de la Policía de Migración, rastreándola por todo el cuerpo, prestos a perseguir a cada pasajero “extraño” durante toda la estancia en la terminal aérea.

“A partir de hoy, vamos a proteger al país en todos sus frentes. Por eso, reforzaremos la seguridad en los aeropuertos, que son la principal puerta de entrada para culturas ajenas a nuestros valores, y vamos a crear más puestos policiales en todas las terminales de ingreso. Así le daremos más trabajo a la juventud que lo merezca y reforzaremos nuestra seguridad, evitando que más injerencias externas vengan a poner en duda la vigencia de la palabra de Dios en nuestro territorio”. Así había clamado el actual presidente en su discurso de reelección, hacía ya más de quince años, frente a miles de miles de banderas que ondeaban agradecidas con Dios, por el nuevo triunfo de la restauración.

En ese momento a ella no le importó, estaba ocupada con otras cosas. Además, lo vio como algo común, una etapa por la que estaba pasando todo el continente. En el norte y en el sur, las restauraciones se iban volviendo cada vez más comunes y todos los países se iban restaurando poco a poco, contra la cultura alejada de Dios y contra el pecado. Pero como ella no era pecadora, en nada le afectaba, así que siguió con su vida esperando a que las cosas se calmaran, como ocurrió con la elección en Estados Unidos cuando el mundo volvió a la normalidad.

Sin embargo, como pasó en Brasil, no hubo retorno y ahora la adoración de imágenes era delito tipificado en el Código Penal y ya uno no podía salir del país, si no presentaba en la Cancillería una declaración jurada de que a su regreso no traería nada que atentara contra los valores cristianos. Por eso ahora que se preparaba para entrar al aeropuerto, lo hacía con un nudo en la garganta, sabiendo que se encontraría con la sombra de un policía que la seguiría desde el mostrador de la aerolínea, hasta la puerta de embarque, pasando por las tiendas y por los baños, sin perderla de vista hasta que hubiese abordado y fuese problema de alguna otra mundana nación.

Ya le había pasado en un vuelo hacía unos años, después de la segunda era de la restauración, como llamaron al proceso electoral que los reeligió y les permitió afianzarse en el poder por casi dos décadas. Esa vez, aprovechó el fin de semana largo de oración, decretado antes del acto simbólico de traspaso-no traspaso de un periodo presidencial a otro, y se fue a Miami con una amiga a broncearse en la arena y pasarla de lo lindo en South Beach. Por eso, como no estuvo, al regresar no se había enterado de las nuevas restricciones que le prohíben a una mujer consumir y poseer alcohol en suelo nacional.

—Pero ¿¿qué diablos le pasa?? —le gritó un 10 de mayo al policía de Migración que la atajó antes de cruzar con sus maletas por Aduanas y le abrió la valija ahí, frente a todo el mundo, tirando calzones, jeans, sandalias y botellas de cremas por todo el piso.

—¡Cuide su boca, señora! Y no invoque a los demonios en nuestra presencia, sino quiere que la expulsemos como la delincuente que es —bramó un enorme oficial, mientras sacaba dos litros de Johnny rojo y una botella de Flor de Caña de sus maletas, esparcidas por el suelo.

Al fondo, las dos personas que venían sentadas junto a ella en el avión, una madre y su hijo adolescente, la miraban estupefactos, mientras clamaban al Señor y la mujer se disculpaba con su hijo, diciendo:

—¡Si hubiese sabido a la par de quién te dejé sentarte! Perdóname hijo, se veía una mujer normal...

“¿Mujer normal? ¿Cómo que no soy normal?”, se preguntaba mientras la llevaban esposada a pagar una multa astronómica por faltas a la moral y a la ética pública, y le explicaban que sí, que desde la reelección así eran las cosas.

—Usted eligió, señora... ¡ah no! Que su pasaporte dice que el día de las elecciones andaba en México ¿verdad? Regresó al país a las 7:53 de la noche... pues bueno, igual y sí, usted eligió esto —le dijo bajito, la directora de cobros de la oficina aeroportuaria, que agachaba la mirada con tristeza, mientras firmaba la factura de la multa.

Y así fue como le tocó salir a constatar que las cosas realmente sí que habían cambiado en dos días... O quizá en años, pero a veces los cambios no se notan hasta que lo empiezan a joder a uno.

Ella no era un ser muy apasionado de las noticias, no le gustaban. “Yo no me estreso, que se estresen otros”, decía mientras se sentaba frente al televisor a ver Netflix y le pedía

a su madre que la dejara en paz con ese estrés de “¡mirá todo lo que está pasando!”

Pero no, ella no lo veía ni quería verlo. Por eso no se enteró de lo violentas que se pusieron las luchas para evitar la reelección inmediata. Por eso no le prestó mayor importancia a las reformas al Código de la Niñez y la Adolescencia, que desde hacía casi una década exigía, como derecho para el menor, una educación basada en los valores restaurados. Por eso tampoco le puso mayor atención a la bomba de que los nuevos planes de estudio ya habían excluido a la Virgen de los textos de historia, y que ahora ya no era religión, sino sesiones de culto lo que se daba en las escuelas y colegios. Por eso fue que no notó cómo la gente se iba volviendo cada vez más intolerante... Hasta el día que salió del aeropuerto, ya sin su derecho a echarse una birra los fines de semana, y se topó de frente con la policía garroteando a manifestantes pro derechos humanos en media Avenida Segunda, mientras otro grupo, con banderas restauradoras en alto, los aclamaba agradecidos por su lucha contra la ideología de Satán.

—Ire, pero ¿¿por qué les pegan así?! Mae ¿es una protesta pacífica! —exclamó indignada ante su hermana, que la había ido a recoger al aeropuerto y ahora trataba de sortearse a manifestantes y a aclamadores, para llegar a casa.

—Rosaura ¿usted en qué mundo ha estado viviendo los últimos años para irme yo a vivir ahí, mae? —le replicó Irene conteniéndose, mientras se lanzaba a toda velocidad hacia una paralela, para cruzar sin que le cayeran sobre el carro los gases lacrimógenos o los garrotes de la policía, que le rompían la cara a —en palabras de la prensa nacional— los “universitarios cargados de antivalores”.

En sus años mozos, Irene había sido activista feminista. Ahora, quince años después, calentaba la silla de un escritorio de periodista en un medio estatal (bueno, ahora todos

los medios tenían que ser estatales) y se quedaba callada, copiando y pegando comunicados de prensa, sin criticar ni ante su propia familia. “Tengo dos hijos”, repetía monótonamente cada mañana antes de irse a trabajar.

*

Fue Irene la que la sacó esa mañana de su barrio y la llevó a un descampado lejano, desde donde caminó unos dos kilómetros más para agarrar el taxi al aeropuerto. Era ella también la que había llevado a Paula y al pasaporte, que también decía otro nombre, a la estación de buses en la madrugada, a pesar de tener dos hijos...

—Mae, la quiero —le dijo bajándose del carro en media Circunvalación.

—No las quiero volver a ver —le contestó apretándole la mano muy duro y cerrando los ojos.

Una hora después, se subió a un taxi con anteojos oscuros y una gorra grande que un exnovio chata de Ire había dejado en una fiesta familiar hacía muchísimos años, y que apareció mientras arreglaba la maleta a la carrera, la noche anterior, después de que le entrara la llamada que decía “prepárense, salen mañana”.

—¿A dónde mamacita? —le había preguntado el taxista en su Toyota Yaris, que contrariaba claramente la disposición legal de no tener taxiando carros con más de veinticinco años de servicio.

—A la radial de Alajuela —le dijo, enfundándose la sudadera gris enorme, que su hermana le había prestado. Coger un taxi como la típica clandestina en tiempos de la Nicaragua de Somoza, se volvió una costumbre desde que empezó con esto.

Se tuvo que adecuar a ello cada vez que tenía que hacer una llamada para concretar. La rutina era la misma siempre: dos buses con direcciones distintas, encontrar un teléfono

público alejado, sacar la tarjeta de internacionales, marcar el número y coordinar. Salir de allí, tirar la tarjeta aunque le quedase saldo y nunca ¡nunca! volver a usar el mismo teléfono.

—Es lo que hay que hacer cuando uno corre peligro —le había dicho, con acento, el tipo desde el otro lado de la línea una vez que la escuchó sumamente agitada, después de correr para llegar a un teléfono realmente seguro, a la hora acordada previamente.

Cada vez que llamaba, sentía que estaba hablando con traficantes de personas. Pero ¿qué otra opción tenía? Al día siguiente de las llamadas, la esperaban en la oficina con la falda por debajo de la rodilla, una blusa de lino jamás escotada y tacones no muy altos, para ser la fachada perfecta de una defensora de los valores tradicionales, tal y como exigía su puesto de funcionario público, según las reformas a la Ley General de Protección de la Familia, que había sido el Código de Familia hasta hacía una década. En esas condiciones, no era mucho el margen que tenía.

*

Y para ella no había problema. En serio que hasta hacía unos años, no había habido ningún problema... pero ahora que tenía que ver salir a Paula de la casa todos los días, obligada a cumplir ese mismo rol, se quería morir. Y eso era lo que ahora le daba fuerzas para seguir a pesar del miedo. Era más grande el miedo a seguir así.

Se bajó en la parada de buses del aeropuerto y se recostó en la barandita para tomar un poco de aire antes de entrar. Eran las 11:17 de la mañana y el sol de finales de marzo la estaba derritiendo por dentro de la gruesa sudadera. Desde ahí observó al taxista enfilarse otra vez a la presa de la carretera y lo imaginó ocultándose entre el resto de los carros modernos que le cruzaban al lado. Si un oficial de Tránsito lo viera...

La circulación de vehículos viejos estaba prohibida desde hacía doce años. Los restauradores habían firmado un decreto que, abogando por reducir gases contaminantes y demás objetivos ambientales, expulsó a todos los carritos viejos de las carreteras e incentivó la importación de modelos nuevos, con empresas pertenecientes a los miembros del Comité Ejecutivo del Partido. De esta forma, se volvieron extraordinariamente ricos y dispusieron de recursos para seguir financiando campañas electorales carísimas que llevaran la Palabra a todo el territorio nacional... y mucha comida y casas para los más pobres, su base electoral. Pero hacía mucho tiempo que ya nadie, y mucho menos la prensa, hablaba de eso.

Un ratito después y sintiendo que no era un bolso sino un yunque el que llevaba sobre los hombros, caminó hacia “Salidas” del aeropuerto, subiendo la cuesta de entrada al parqueo. Ahí, justo antes de doblar, se topó a los dos indigentes: un par de jovencitos delgadísimos, sucios y moreteados, que le pedían dinero a los viajeros desde una caja de cartón.

—Señora ¡por favor! —dijo uno, tirándosele a los pies—. Por favor, se lo suplico ¡ayúdenos! Ayer nos robaron y nos golpearon, usted sabe que no tenemos trabajo, señora... ¡por favor!

—¡¡Largo de aquí, maricones de mierda!! —gritó un oficial de seguridad del aeropuerto, que venía blandiendo su macana presto a pegarles—. ¡Playasos, dejen a la señora en paz!

Los muchachos se agazaparon uno sobre el otro, abrazándose, mientras Rosaura le hacía una mueca de presunto agradecimiento al policía y apuraba el paso, rogando por dentro a la Virgen que no los golpearan más. La Ley de la Familia atravesaba toda la legislación, incluyendo los códigos Penal y de Trabajo. Hubo reformas constitucionales

que, poco a poco, le abrieron campo a la ola restauradora, hasta el día que lo dominó todo. Por eso, hacía varios años, Rosy había tenido que despedir a dos subalternos suyos que tenían una relación de pareja en la oficina.

—Rosy, lo lamento, pero usted sabe que no puedo... ¡esos maes hasta juntos viven! Si la auditoría nos cae, los que nos vamos con todo somos usted y yo... ¡Ejecute, por favor! —le ordenó la mañana del despido y tapándose la cara con las manos, el viceministro, su jefe inmediato.

Hoy mientras se tragaba las lágrimas rumbo a la ventanilla de la aerolínea, se acordaba de la cara de los dos muchachos ese día, cuando les explicaba por qué prescindiría de sus servicios. Hoy se preguntaba si estarían en alguna esquina, como los dos indigentes de afuera, golpeados por los adolescentes que salían del colegio y cuyo pasatiempo era “pichasear maricones”, mientras el Gobierno celebraba que el cien por ciento de los miembros de las familias apegadas a los valores tradicionales tenían empleo y promovía la vocación de “limpieza espiritual” de las nuevas generaciones.

—¡Sacamos la inmundicia de nuestra fuerza laboral y le dimos trabajo a quienes de verdad se lo merecen! —decía el presidente reelecto en las cadenas nacionales de los domingos.

Ahora, echar la vista atrás y pensar que el desempleo en el país llegaba al 35 por ciento y afectaba mayoritariamente al sector de la población desafecto a los restauradores, ya no servía de nada.

“Usted eligió, señora”, las palabras de la directora de cobros del aeropuerto resonaron en su cabeza, mientras pensaba de nuevo en Paula.

Como le había sucedido ya muchas veces a lo largo de ese camino, a medida que iba acercándose a la muchacha para entregar su pasaporte, sentía que iba perdiendo las fuerzas. Por eso fue que, casi desmayada, llegó al recibidor

de la aerolínea. Allí, la esperaba una joven con una sonrisa un poco asustada, que le preguntó con acento:

—Muy buenos días y bienvenida ¿me permite su pasaporte y me indica el motivo de su viaje?

De inmediato, algo en la mirada de la joven le bastó a Rosaura para entender que ya tenía al oficial de Migración sobre su espalda. Por eso, y sacando fuerzas de quién sabe dónde, inhaló hondo y contestó con toda la tranquilidad y confianza que pudo y que no fue mucha:

—Buenos días, muchacha, claro, con muchísimo gusto —y le entregó el pasaporte que tenía un nombre que no era el suyo.

No más tocarlo, la joven lo descubrió. Echó la cabeza para atrás y tensó los labios.

“¡Mierda! ¡¡Mierda!! ¡¡¡Mierda!!!”

La joven se acercó el documento y presionó las hojas con los dedos para detallar más el material con que estaba confeccionado. La volvió a ver, le sonrió y clavó de nuevo la mirada en el tipo de atrás, antes de revisar algo en su computadora.

“¡MIERDA! ¿Será el papel? ¿Será algún sello que no está...?”

Su cabeza daba vueltas desesperada mientras la joven se abstraía buscando algo, concentrada, en la computadora. Era solo cuestión de levantar la cara y hacerle señas al oficial que estaba atrás, y todo habría terminado...

—¿Motivo del viaje? —preguntó la joven, ahora sin sonrisas ni amabilidades, y con voz áspera. Alzó los ojos y miró directo a los suyos, sin acercarle ni un milímetro el pasaporte.

Rosy contuvo la respiración, resignada a que la habían atrapado. El cálculo que había hecho era de 22 años en prisión y expropiación de propiedades, por el delito

de falsificación de documentos y atentar contra la moral pública. Y eso sin contar lo que le iba a suceder a Paula...

—Mi hija. Voy a recoger a mi hija, que está de vacaciones de Pascua con su abuelita —contestó, consciente de que le temblaba la voz.

—¿Puedo ver una foto de su hija? —repreguntó la otra, seca y sin dejar de mirarla directamente. ¿Se movió el policía de atrás? Sentía su presencia cada vez más cerca.

—Ajá... claro —y extrajo con manos sumamente temblorosas una foto tamaño pasaporte de Paula, que llevaba en la billetera. No había nada que hacer, ya no había nada que hacer...

La joven vio la foto, que temblaba entre sus dedos, y su rostro cambió de inmediato. Achinó los ojos y, sin decir nada más, se apresuró a imprimir el billete de avión y a colocarlo dentro del pasaporte, el cual se lo devolvió con una sonrisa.

—¡Qué tenga muy buen vuelo! Hermosa su pequeña, yo también tengo una hija —agregó mientras dejaba un documento y le hacía una seña al oficial de Migración, para asegurarle que todo estaba bien.

Rosaura no se puso a llorar ahí mismo, porque entonces sí que la hubiesen descubierto. Caminó a Migración, presentó de nuevo el pasaporte, que esta vez no levantó sospechas, cruzó los controles de metales y cuando estaba entrando al *Duty Free*, sintió que la bolsa del pantalón le vibraba. Era un mensaje de un número desconocido. Consciente de que el policía la seguía, volvió a guardar el celular y no lo abrió sino hasta que entró a un baño donde por fin leyó, poniéndose roja y casi perdiendo la respiración, las palabras: “Bien. Del otro lado en el Paso. Cuidado”.

Y entonces el mundo se le cayó encima. Exhaló durísimo y sobre la taza se olvidó del mundo: se quitó la gorra, se echó aire en la cara y controlándose para no gritar, rompió a

llorar. ¡Era un mensaje de Pau! ¡Pau, que estaba bien! ¡Del otro lado! ¡Había logrado llegar bien a Panamá! Quería rezar a gritos y darle ¡gracias a la Virgen...! pero ya no se podía. Aquí no, aún no... Con las fuerzas recargadas y los ojos hinchados, salió del baño y echó a caminar hacia la puerta de embarque. Paula estaba bien. En Panamá. Si ella estaba bien, todo estaba bien. Todo bien. Solo quien ama a esos niveles, puede entender el estrés que le causaba tenerla aquí y la paz que sentía ahora, al saber que estaba bien. Es más, hacía un mes y medio, hablándolo directamente, le dijo que si en alguna parte de este proceso las descubrían, se iba a entregar para que Paula tuviera tiempo de huir.

—¡Usted está completamente loca! —le gritó la otra, soltándole las manos y sacando la cara de su caricia— ¡Si nos agarran, nos vamos las dos!

—Si nos agarran, Paula, a usted no le va a pasar nada, me voy yo —sentenció. Así que ahora, todo estaba bien. Por lo menos ya una de las dos, la más importante, iba a llegar bien.

Antes se podía volar directo a Madrid, pero justo el mismo año en que empezó el proceso para renunciar al Pacto de San José y abandonar la Corte Interamericana de Derechos Humanos, el Gobierno decidió limitar los vuelos internacionales a las capitales cuyos estilos de vida podían poner en riesgo los valores restaurados. Por eso ahora había que bajar a Panamá y de ahí hacer el trasbordo, y cada persona que regresaba de alguno de esos destinos impuros, tenía que explicar a Migración el motivo del viaje y demostrar que entre sus maletas no venía nada raro.

Y si para ella era riesgoso, para Paula que se fue sola por tierra... Por vía terrestre, por lo menos, no había un oficial de Migración pegado a los talones. Pero viajar juntas era demasiado peligroso, si las iban a descubrir, que arrestaran solo a una.

*

Su país se había desconectado del mundo. No importaba ni exportaba nada de países que no fueran aliados en la fe y eso, por supuesto, limitaba mucho. Las organizaciones de derechos humanos no dejan de denunciar a los restauradores, mientras sus partidarios, cada vez más fervientes, decían que todo era una mentira del Maligno para desestabilizar la fe. Los índices de recepción turística habían bajado en más de un 65 por ciento, la pobreza ya llegaba al 45 por ciento de la población total y la pobreza extrema afectaba a un 20 por ciento de los habitantes, principalmente a quienes pertenecían a comunidades LGBTIQ+.

Hacia dos años, durante un fin de semana, la Fuerza del Orden Público había arrestado a unos turistas en una conocida playa. Eran tres jóvenes de 26, 27 y 29 años. La de en medio era una irlandesa heterosexual, la mayor era una francesa trans y el menor un inglés gay que cometió el pecado de exponerlos, al invitar a uno de los empleados del bar a una cerveza. Nadie les había advertido, creyeron que el país seguía siendo el de antes. Luego del arresto policial, una horda de vecinos los había golpeado casi hasta la muerte, mientras los llamaban “desviados, putos y maricones” y un coro de señoras elevaba cánticos al cielo rebosantes de aleluyas.

—*Like in fucking Iran!* —denunciaron los tres a la prensa internacional, mientras se recuperaban en un hospital de Panamá, tras la intervención de emergencia de sus embajadas.

Desde ese fin de semana, Rosaura lo recordaba muy bien, la vida del país cambió. Y la suya y la de su familia también. Estaba sentada frente al televisor, viendo a Irene que, con la mirada perdida, informaba al país de cómo la noche anterior una comunidad costera había estado a punto

de acabar con la vida de tres turistas extranjeros impíos. De pronto, escuchó ruidos en su cuarto y al subir, descubrió a su hijo Pablo, entonces de once años, probándose su falda y sus zapatos de tacón. Al día siguiente, empezó con el ahorro y los preparativos.

Cierto ajo malhechor

Rafael Ángel Herra

“[...] Denúncialo [a tu hermano, hijo, esposa...], no tenga tu ojo piedad de él [...] y sea tu mano la que primero se alce para matarlo”. *Deuteronomio*, xiii.

El desorden de los sentidos es el lugar más peligroso de la sociedad. Pero este no es el comienzo de la historia.

Mi trabajo, antes de los grandes cambios, era gozoso y sucio: no puedo calificarlo de otra forma. Cada semana, gracias a mi columna de crítica gastronómica, orientaba a los comensales en los asuntos de la buena mesa. Catando platos fui preciso, severo, incluso cruel, y rara vez le guiñaba el ojo al lector. Muchos restaurantes se veían obligados a cerrar después de difundirse mis columnas en el diario más leído del país. Degustaba los matices, ponía a prueba las mezclas y valoraba la innovación con respecto a las recetas tradicionales; interpretaba el estilo culinario revisando los artificios del sabor; me interesaba por la policromía y las texturas, e identificaba el arte de combinar ingredientes de cada chef. Desde luego tomaba en cuenta cómo se disponía la vajilla sobre la mesa, pues el mantel, las copas, las velas, las flores le susurran emociones al comensal. La gastronomía era una escenificación a escala menor, encaminada al deleite del paladar y la mirada, y fue así hasta el día en que despertamos.

Todo cambió con la restauración del mundo (¡bendita sea!).

Hoy soy parte de los que vigilan.

Mi oficio ha madurado: también voy a restaurantes, pruebo los platos, bebo, como, juzgo el menú (léase bien:

dije juzgo) y ya no enfoco lo bello y lo feo del buen comer, sino el estricto cumplimiento de las recetas según las ha fijado la Casa de gobierno; o, para decirlo con más claridad, observo las costumbres y no la estética. Imagínense: si no se sigue la combinatoria o las cantidades de los ingredientes en la alimentación diaria, no se cumplirá la ley en ninguna otra parte y nadie acatará nada. Vigilando la gastronomía, cuido el orden del mundo. Una porción de más en cualquier receta, una cebolla sospechosa, una fruta podrida, tiende sombras sobre la autoridad y el país se derrumba. No hay tomate inocente.

Al contrario de los tiempos en los cuales me pervertía buscando asquerosos deleites culinarios, ahora trabajo en nombre de la felicidad instituida conforme a las obligaciones: la cocina es como debe ser.

El sistema social que organiza todo a la luz de los textos sagrados es implacable, no tolera el desacato. Así son las cosas de este mundo desde el día mismo en que empezó la renovación del estado, del gobierno y de nuestra sociedad. No me corresponde referir los detalles, pero sí me siento orgulloso de manifestar que cumplo con lo que me corresponde y lo hago público. Léase bien: nadie está autorizado a irrespetar los procedimientos de cocción. El empleo de las especias sigue un canon; solo existe una serie de alimentos permitidos. Muy sencillo: si yo antes valoraba el gusto, ahora juzgo la pureza. Mi trabajo anterior, como crítico del buen comer, era banal e intrascendente. Hoy soy guardián.

Dios tuvo misericordia de mí y en vez de arrojarme a los puercos, me encaminó por la buena ruta hasta convertir mi paladar en instrumento del interés público y en verbo del Altísimo. Por eso me dedico a ver, probar, olfatear, inferir lo que no debe estar ahí, es decir, cualquier infracción que altere la salud del pueblo. Nunca antes la palabra salud

fue tan exacta, pese a la paradoja de su doble sentido. En la sociedad restaurada se come esto o aquello: incumplirlo es tan grave, según nuestra Constitución, como la ruptura de la familia natural. No hay diferencia: me refiero a la salud del propio cuerpo y a la salud del cuerpo social. Prometimos purgar al país de desviaciones, ya que todas son criminales: la desviación sexual, la divergencia política, la disidencia culinaria. Así, por ejemplo, si se prohíbe agregar la sensual canela a un plato, la canela se proscribe del país.

Referir estos asuntos de mi trabajo no tendría ningún interés a los ojos de los lectores si no hubiera sido por cierto hallazgo indeseable. En una de mis inspecciones vi un diente de ajo en los basureros de la Casa de gobierno: estaba entre cáscaras de huevo y bolsas plásticas, sucio, sí, casi ausente, sin ese color de paja manchada que distingue a los ajos sin pelar. Revolcar la basura rinde honor a mi trabajo.

La Casa de gobierno tiene su propia cocina desde los días del gran cambio (¡bendito sea!); en ella los funcionarios de la ley determinan la dieta oficial, y ahí mismo, en ese lugar sagrado, donde arde un fuego perenne y se sacrifica al Cordero, alguien incumplió la prohibición de agregarle ajo al menú de los sábados. La infracción era impensable, pero ocurrió y se hizo evidente entre los desechos. ¿Habrà sido sabotaje? Estamos rodeados de enemigos.

Como fui yo quien hizo el descubrimiento, me correspondió presentar la denuncia. Los críticos gastronómicos estamos obligados a llevar ante los tribunales hasta el último desliz que contrarie la dieta oficial: un grano de pimienta en donde no le corresponde estar, sal excesiva, mucho comino, almíbar demasiado espeso: cada detalle desenmascara a los delincuentes potenciales. No descartemos un asunto de la mayor importancia: las recetas mal hechas y la reacción

de los comensales a ellas sugieren pistas sobre elementos subversivos.

Después de la restauración, la denuncia se hizo obligatoria. Todo habitante natural, por el hecho de serlo, se convierte en policía y agente del gobierno o, dicho de otra manera, se gana una y otra vez la ciudadanía señalando a los corruptores, a los desviados, para entregarlos a los tribunales. El ajo en el basurero de la Casa de gobierno dio lugar a un caso criminal: fue evidente que alguien había incumplido la ley, porque el sábado se prohíbe comer ajo. Entonces puse la denuncia. Está escrito: “denúncialo, no tenga tu ojo piedad de él, y sea tu mano la que primero se alce para matarlo”.

Fue un error. Calculé mal.

Debí coserme la información en el buche, pues no contaba con un detalle: aunque se han instituido leyes para regular su consumo, a los restauradores del orden, a los amos victoriosos de mi país, les gusta el ajo.

Escribo desde la cárcel. Me amenaza la hoguera.

Futuro imperfecto

Arabella Salaverry

Otra vez la casa. La misma casa tantas, tantas veces visitada. Anoche me vestí con ella otra vez. Y digo me vestí con ella porque la casa me cubre, me entorna, me tapa. O me ahoga. Es más bien una especie de castillo de la desventura, un sitio desvencijado que trato inútilmente de adecentar. No es la primera vez que me recluyen acá, en esta casa. ¿O debería decir prisión? Sus densas paredes, sus múltiples habitaciones, algunas pequeñas, casi nichos que yo nombro graciosamente como salitas de distribución, sus escaleras que suben o bajan hacia ninguna parte, sus ventanas ausentes... pero no me quejo, si la analizo en conjunto puedo afirmar que es espaciosa, de techos desmedidos, paredes espesas con repellos descascarados que he ido pintando cada vez que estoy aquí –así al menos pasan las horas más rápido–, de blanco azuloso para que la luz rebote, para ignorar al tiempo, para hacerla habitable, para disfrazar el miedo.

No, no me quejo. No está bien quejarse. Las mujeres deben aprender a callar y a soportar. Bien lo dice la Biblia, bien lo dice La Palabra. Y aunque no me consta, porque las mujeres no tenemos acceso a los libros, en el sermón matutino el Pastor lo ha dicho y lo repite todas las mañanas. Me gusta mucho la voz del pastor. Retumba por los muros, es potente, no necesita amplificación para que nosotras, sus

siervas, lo escuchemos a la perfección. Él insiste en que su voz es la voz de Dios.

En esta casa me han recluso. Los cortinajes espesos –de un gris de plomo–, que no cubren ninguna ventana, ni un asomo de luz. Lo descubrí el primer día que me trajeron hasta aquí. Pretendí asomarme por las ventanas, y nada. Lo mismo las puertas. Pretendí abrir puertas que no conducen a ninguna parte, sus cerraduras trabadas y por más que lo intento, tomo el pomo con fuerza, lo giro a un lado, al otro trato de empujarla con todas mis fuerzas: inútil, se mueve, pero continúa totalmente cerrada. No me han dicho cuánto tiempo permaneceré esta vez aquí en la casa. No me han dicho si traerán alguna frazada para paliar el frío inmisericorde de las noches, cuando los aguaceros estrepitosos intentan inundar el mundo. Sé que bien pueden pasar cuarenta días de lluvia, y que las casas se ahogan. Los cerros se precipitan, se vienen abajo y dejan montañas de barro y piedras a su paso, arrasan poblados enteros, los animales y las personas mueren ahogados y cuando las aguas se retiran queda el olor de la putrefacción inundándolo todo. Los pocos animales que sobreviven morirán de inanición porque las tierras empantanadas no dan cosechas, los pastizales se agotaron y solo el lodo campea hasta donde alcanza la mirada.

Me han dicho que ya casi no hay sembradíos. Las aguas han ido ganando terreno, y poco a poco se han comido la tierra cultivable. Quedan extensas praderas anegadas que no rinden, y solo el viento forastero recorre las llanuras. El mar creció cinco metros y cada día que pasa se come un poco más de tierra firme. El Gobierno no es responsable. Ya lo dijo el Pastor: todo es castigo divino. Ni las compañías de afuera que explotaron durante mucho las tierras son culpables. Mi madre dice que sí, que ellos son los responsables:

me cuenta que en los bananales comenzó el desastre. Creían los ríos y convertían las grandes fincas de banano en lagunas. Todo esto castigo de Dios es lo que dicen, ya la Biblia lo había anunciado, eso me dijeron, para castigar la iniquidad de nosotras, las mujeres.

Me pregunto si no me atemoriza la casa. Me respondo que un poquito. Dice mi madre que el Hacedor tiene casas iguales en todos los poblados, en todas las ciudades, en el continente y en el mundo. Que es dueño de las fábricas, de los bancos, de las empresas que dan servicios. Él es el dueño, el amo de todo lo que se mueve, para bien o para mal. Mi madre dice que más bien para mal, pero es que ella nunca está conforme. Siempre critica y me da miedo, porque Él todo lo ve, todo lo oye, todo lo sabe. Nada se mueve sin su voluntad.

*

Recorro primero una habitación de dimensiones colosales, vacía, y paso a otra diminuta en cuyo centro está una cuna, al lado otra habitación y temo que podría ser la habitación del guardián. Sí. Porque las mujeres necesitamos que nos guarden. Sobre todo de nosotras mismas. Recurrimos al mal con frecuencia. Tenemos malos pensamientos. Hacemos cosas indebidas. Al lado, la presencia, mejor, premonición, de otra habitación más. Por una breve ventana interior me asomo al que intuyo será esta vez mi cuarto. Porque en cada reclusión se me asigna un nuevo cuarto. Bueno, eso de nuevo es solo un decir. Mejor, un cuarto distinto cada vez más pequeño, cada vez más alejado de la puerta de entrada, cada vez el recorrido es más largo, más oscuro y más estrecho. En esta oportunidad no lo transité por mí misma. No tenía fuerza. El guardián y otro soldado me arrastraron hasta acá. Sentí el piso gélido, las irregularidades de la piedra hiriéndome los pies. Les pedí

que me dejaran caminar, que yo podía sola. Que así podía sortear asperezas. Pero no, dijeron que no, o mejor, callaron un no rotundo. Las mujeres no debemos valernos por nosotras mismas... ni siquiera cuando estamos en falta. Me llevaron hasta un punto que desconozco, el centro de un laberinto. A partir de ese momento, quedé a mi suerte. Una geometría de pequeñas celdas me rodea. Alguna es la mía. Si quiero protegerme en algo del viento helado, tendré que adivinar cuál es. Me acerco a una de las puertecillas en cuya parte superior hay un recuadro de vidrio. Pego la cara al pequeño vidrio rectangular, para intentar ver con precisión lo que hay dentro. Una cama en el centro. La cama es alta y muy, muy angosta. Descubro que el respaldar de la cama es la lápida de un nicho funerario, mármol blanco con una inscripción y abajo números que semejan –o son–, caracteres hebreos. Una lápida funeraria incrustada en la pared. No alcanzo a leer con claridad. Mejor, me cuesta entender lo que leo. Lo poco que sé de palabras me lo enseñó mi madre a escondidas. A las mujeres no se nos permite leer. De lo que sí me doy cuenta es que sobre la lápida, han escrito con un carbón, letras negras mal formadas: “ya es hora de ajustar cuentas”... no sé si he leído correctamente, y no sé tampoco a qué se refiere la inscripción. Imagino que el dueño de la casa, El Hacedor, me ha dejado el mensaje por alguna falta que cometí, aunque no tengo muy claro por cuál puede haber sido. Me siento apenada por mí, aunque solo me pregunto, una vez más, si no me da miedo la casa. Confieso que sí, ¡pero al menos es una casa! Porque he tenido noticias de otras muchachas que han sido condenadas a vagar en los antiguos labrantíos –ahora yerros–, con el inminente peligro que significan los temporales de más de cincuenta días, cada vez más reiterados, las consiguientes inundaciones, y el furor de las campesinas que se sienten

con derechos sobre los espacios libres. El Pastor lo ha dicho más de una vez: no hay clemencia para la desobediencia. Una mujer que no obedece, no merece llamarse sierva. Dios la aparta de su lado y la condena al fuego eterno. Pero no quiero obedecer, me cuesta mucho, sobre todo cuando el Pastor desea que lo acompañe a la soledad de su cuarto de estudio. Siempre he encontrado algún pretexto válido para no hacerlo: las otras siervas me esperan, mi madre está enferma, estoy en mis días impuros y no puedo acercarme a los lugares sagrados. Siempre me habían resultado esos pretextos... siempre. Hasta ese día.

*

Sigo recorriendo la casa primero con la mirada. Luego, a duras penas, y como estoy sola, me incorporo de nuevo. Ahora enfrento una escalera que baja -una más-, con paredes también monumentales. En el primer rellano nos mira un espejo cuyo halo es un delicado encaje de coral entre blanco y plateado y gris, que se replica en el espejo. Sé que yo lo puse allí para embellecer la extensión ilimitada del muro. No se cuándo. Ya no recuerdo. No sé en qué momento, antes de cual otra reclusión pude agenciarme el coral y traerlo hasta acá. Pudo ser cuando... no, no fue en esa ocasión. En una esquina otro esqueleto de coral de casi dos metros de alto. El espejo y los corales muertos le dan un aire de belleza frágil al espacio. Por algún sitio se cuele el viento, hace palpitar el coral y lanza destellos plateados. Me he afanado en crear belleza, pero estoy consciente que ese entorno es tan delicado como el esqueleto del coral. En cualquier momento se puede transformar en añicos... una patada, un puñetazo, el golpe de una culata... en fin, cualquier cosa puede suceder. Porque la casa es así. La belleza puede convertirse en horror en menos de un segundo. Porque el puñetazo, la patada, el golpe de la culata podrían

también estar dirigidos a mí. Y lo peor, lo peor, es que desconozco los motivos. Tal vez porque no me quedé quieta en el lugar asignado... tal vez levanté los ojos muy de prisa o me sonreí cuando no debía. Sí. Me han dicho que las sonrisas de las mujeres son lascivas. Que las mujeres somos por naturaleza impúdicas y que el pecado está con nosotras, sucias, sucias, así somos, debemos expiar nuestros pecados, y debemos pagar por incitar a los hombres al pecado; impúdicas, la condición innata de nosotras las mujeres. Tal vez sea la simple ocurrencia de ser mujer. Sí. No puedo negarlo. Tengo miedo. Y mucho.

Miro alrededor. Se han ido. Oigo el sonido de las botas resonando a la distancia. Cada vez más lejos. Me animo. La soledad promete la seguridad de que no seré golpeada. Necesito explorar. Necesito descubrir los pequeños resquicios por donde se pueda asomar la señal de otra presencia. Cualquier cosa que las delate y las vuelva cómplices de mi miedo. Porque podría suceder que en sus huellas pueda encontrar algo de valor para acostumbrarme a lo que sigue.

*

Sé que en algún lugar de la casa hay una biblioteca. Una biblioteca es un montón de libros reunidos. Mi madre me habló de un lugar así. Un sitio donde se guardan los libros -rectángulos de papel, con muchas hojas dentro y letras impresas en ellas-. La mayoría pequeños recipientes en donde se almacenaban historias, pensamientos, reflexiones. Otros más grandes con imágenes de todo tipo y color. Fotografías, pinturas. Las personas podían llegarse hasta algunas tiendas y comprar los que quisieran y llevarlos a casa. Eso dice mi madre. También dice que se disfrutaba leyendo. Ahora ya no leemos. Eso también es pecado. El demonio puede infiltrarse, pues suele bailar entre las letras. Los libros están llenos de malos pensamientos, de ideas putrefactas que nos pueden

hacer mucho mal. Eso dice el Pastor. Por eso ya no hay libros. Han dicho que conducen directo al infierno. Y como las mujeres tenemos el cerebro más pequeño, sería muy peligroso que intentáramos almacenar en él lo que dicen los libros, además que nos faltaría el discernimiento para entender lo que es pecado y lo que no. Eso dice el Pastor.

El ruido de la lluvia golpea insistente, con variación de tonalidades pero cada vez más fuerte. Al menos ese ruido me hace compañía. Siento como si alguien me hablara palabras que no alcanzo a entender con claridad, casi como murmullos en otro idioma. Podría ser el idioma de las tortugas y los peces. El idioma del mundo del agua. Porque cada vez es más el agua que cae, y cada vez por más tiempo. Después, cuando cesa, se cubren las calles, las casas, el templo, los campos con el olor nauseabundo, el olor del barro cuando se pudre. Y a pesar de tanta agua que viene de arriba, cada día escasea más el agua para tomar. Me han dicho que hay pueblos enteros que se mueren de sed. Mi madre dice que antes no era así. Antes de que vinieran compañías extrañas a manejar el agua. Que antes se abría una llave y brotaba el agua, lista para beberse. Ahora no. La compramos, y cada día sube el precio, y cada día es más difícil encontrarla. Mi madre me ha dicho que antes al menos no eran tan fuertes las lluvias ni tan severas las sequías. Pero que hicieron negocios con el agua, o ensuciaron sus fuentes con pestilencias para enriquecer a los que cultivaban grandes extensiones, y el agua comenzó a morir contaminada. Dice también que cortaron los árboles, y por eso los aguaceros incesantes y los derrumbes. Pero el Pastor dice que es castigo divino. Porque no hemos sido buenos cristianos, porque no hemos entendido los mandatos del cielo.

Finalmente me encuentro con otra escalera. Embozada entre los espesos cortinajes grises. Es angosta. Muy angosta.

Tendré que ser cuidadosa. Muy cuidadosa porque si resbalo podría ser el fin. Al menos explorando se me pasa el tiempo más de prisa. Porque no sé por cuánto estaré recluida. Dependerá de lo que disponga el Pastor. Sé que hice mal. Y que merezco un castigo. Mi madre dice que no. Que lo que hice no merece castigo. Que en realidad no he hecho nada. Que los que tienen que ser castigados son los otros. Pero no debo oírlo. Me da miedo lo que dice. El olor me guía. Ya lo había sentido en la casa. Es el olor de la biblioteca. La concentración del olor de muchos libros. Voy por buen camino. Los libros tienen un olor distinto, especial. Y comienzo a descender la empinada escalera guiada por ese olor. Los peldaños están cubiertos de un moho verduzco, que los hace resbaladizos y amenazantes. Debo bajar con mucho cuidado. Coloco un pie, cuando lo siento firme procedo con el otro. No hay pasamanos ni pared de donde agarrarse. Es como si la escala flotara en el aire. Me siento débil pues ya hace dos días que no recibo alimento. Solo agua. Y muy poca. Ya se me dijo. El agua está vedada. Y más para quienes viven en pecado. Y yo soy pecadora. Lo dijo el Pastor. Una caída significaría el fin. Logro llegar hasta abajo. Una habitación enorme, que contiene otra un tanto más pequeña. La menor es de forma octogonal. En cada uno de sus lados una ventanilla que deja escapar luces brillantes, enceguecedoras. Primero la rodeo. Intento asomarme, pero las ventanillas están altas. No tengo fuerza para saltar, pero la curiosidad es muy fuerte, y me empuja a continuar rodeando el enorme cuarto. Finalmente una puerta. Esta, ahora sí, de vidrio y me permite atisbar hacia el interior del recinto. Un mar de anaqueles lo cruza en todas direcciones hacia todos los puntos cardinales. Sobre ellos, multitud de libros cuidadosamente acomodados, con etiquetas en sus lomos. Es como si me hubiese asomado por la boca de un

infierno. Quienes tengan acceso a ese lugar arderán. Porque ya lo dijo el Pastor: quienes se acerquen a los libros, estarán abriendo la puerta al Maligno.

*

De pronto estoy en otra habitación, me arrastraron hasta aquí, y debo haberme desmayado pues no recuerdo cómo llegué ni quién me trajo, ni por qué me llevan de un cuarto a otro. No sé cuál es la intención, si estarán experimentando con un nuevo tipo de castigo... La habitación está abajo -abajo no sé bien de qué-; y allí hay un hombre, tratando de arreglar un lavamanos. Recorro con la vista la pared recién pintada, de blanco azulado, y descubro en lo alto el orificio de una cañería de la cual manó, y corrió hacia abajo un chorro de lodo café negruzco, espeso, que ha ido manchando la pared. Pese a la evidencia de la mancha, a su aspecto desagradable, el hombre parece no notarlo. Pienso que me tocará limpiarlo, pero la mancha luce muy difícil de sacar. Bueno, no importa. Para eso estamos las mujeres. Eso me han dicho. Para corregir estropicios, para limpiar los hedores que a su paso suelen dejar los hombres. ¡Qué nadie me oiga! Porque entonces, además recibiré castigo. Y creo que mi cuerpo ya no soportaría más castigo. Sé que soy mala, que merezco ser castigada, que las mujeres somos las hijas directas del demonio, pero las fuerzas son cada vez más pequeñas, se me han ido agotando como si me drenaran de a gotas, pero de manera constante.

Tendré que limpiar la pared. Una vez más. Y la casa. Toda ella. Esa casa que he habitado reiteradamente en esta pesadilla. Ahora lo que me gustaría, a pesar del terrible dolor que me atenaza, lo que me gustaría es poder devolverme hasta la habitación de los libros, y al menos observarlos de lejos, pues no me atrevo a acercarme.

A veces me siento confundida, sí, muy confundida. Sobre todo cuando escucho a mi madre, y sus observaciones amargas. Según ella todo está mal. Habla de un mundo que desconozco. Cuando nadie la escucha habla. A mí me asusta. Porque si llegan a oírla ella terminará sufriendo. Y aunque esté errada, no quiero verla sufrir. Está vieja, ¡tan vieja! Y es mi madre. Pero se descuida. Habla de muchachas que van a la universidad, de jóvenes que son maestras, de mujeres que viajan solas, que son abogadas, científicas, que ayudaron a hacer los viajes a Marte, que inventaron computadoras y otro montón de cosas que me sobrepasan. Habla de mujeres a cargo de bibliotecas, de mujeres que leen sin que nadie lo prohíba. Creo que mami está loca. Las mujeres sabemos cómo cocinar, cómo cuidar a nuestros hijos, sabemos bordar, zurcir y algunas pocas pintar. Pero ese mundo del que habla ella debe ser solo una invención de sus muchos años. No creo que eso haya sido posible. Ya lo dijo el Pastor: las siervas se regocijan en el Señor, a sus ojos se enaltecen cuando sirven. Y servir significa cuidar de nuestros hijos, cuidar de los Pastores, porque ellos cuidan de nosotros –en cada comunidad y en cada pueblo–, y no distraernos con afanes inútiles.

Sé que en la casa hay muchos aposentos. Algunos terribles. Oscuros, con el piso cubierto de agua que nunca seca y que al estar estancada también se ha ido corrompiendo, entonces el olor es insoportable. Una vez me tocó una de esas habitaciones. Ahora no recuerdo qué hice. Sé que merecía el castigo. Sé que en ocasiones, las más, no sé comportarme. Hago cosas malas, muy malas, cosas que no debería hacer y que ofenden al Pastor. Sí, sí, ya sé, ese es el peor pecado que se puede cometer, cierto que no debería pero es que...

Mi madre insiste. Me dice que debemos buscar una salida. Que la vida puede ser otra. Pero no sé bien de qué

habla. Dejar el pueblo no es posible. Solo aquí estamos seguras. Las campiñas están siempre anegadas, el pantano cada vez se acerca más con su consistencia de muerte. No, ni loca me atrevería a intentarlo. He sabido de algunas muchachas inconscientes que trataron de alejarse pero su destino fue horrible. Murieron ahogadas en los suampos y fueron devoradas por los perros. Dios sabe por qué lo hace.

Y es que el Pastor me quiere cerca. Debería estar agradecida. Ya una vez me tuvo. No pude escaparme. Ya el culto había terminado. Ya se habían ido las otras muchachas. Me dijo que me quedara. Quería ensayar un nuevo salmo y a mí me correspondía pasar las partituras de la música. -Eso me dijo-. Pero no fue así. Una vez que quedamos solos, corrió los cortinajes de la sala que está detrás de la nave del templo. Quedamos casi a oscuras. Se acercó a mí. Nunca había estado un hombre tan cerca. Cerré los ojos porque me gusta su voz. Así no tendría que verlo. Porque no me gusta mirarlo. Tampoco me gusta el hedor de su boca. Prefiero que esté lejos, Dios me perdone. Solo oír su hermosa voz. Pero lo que siguió fue horrible y además, no lo esperaba. Todo rápido todo doloroso todo sucio. Levantó mi falda, me arrinconó contra la puerta, me tomó con fuerza del pelo hasta casi doblarme, luego se apretó contra mí, hurgó en mis partes íntimas y el dolor estalló como una granada podrida. Lo sentí resoplar. Luego salió de mi cuerpo, todavía temblando, me dio la espalda y me ordenó que me marchara. Así lo hice. Pero antes escupí en su cara. No tuve más remedio. Escupí el asco que sentía, el dolor que sentía. Escupí en su cara. Fue muy feo. Lo que sentí, lo que viví fue muy feo. Y perdón por decirlo. Fue horrible. Me dijo que si decía algo Dios me castigaría. Fue lo último que escuché.

Regresé a mi casa. Sentía la sangre bajando por mis piernas. No quise decirle nada a mi madre. Tengo que pensar

qué hice mal, por qué el Pastor me castigó de esa manera. Ya sé, ya sé, me distraigo en el culto, no voy a recoger el diezmo a mi barrio, y alguna vez me he asomado a algún libro de los que esconde mi madre. Quizás debí decirle que no era yo, que era ella la que estaba en falta, siempre hablándome de cosas oscuras, de temas prohibidos. No sé.

Esa noche llegaron por mí. Mi madre gritó que me dejaran, que yo era casi una niña, que ya era hora de que hubiera paz en nuestra casa. Pero no la oyeron. Se rieron en su cara. Comentaron lo bonita que estaba yo, con mi melena negra, mi cintura fina y mis piernas largas. Mientras me llevaban a la casa, seguían riendo. Tiene buen gusto el Pastor, no es ningún tonto.

Hasta que llegamos a la casa. A esa otra casa. La reconocí por su olor; tenía los ojos vendados. La reconocí por el frío. La reconocí por el miedo. Por el miedo terrible que atenaza.

Y no quiero tener miedo.

San José, agosto-setiembre, 2018.

Árbol en el paraíso

David Díaz Arias

Eva Paraíso se recogió su largo cabello negro que suelto le cubría los pechos y le llegaba hasta su ombligo. Lo fue anudando por capas hasta crear con él un gran moño que sostuvo con sus manos por encima de la cabeza y lo hizo encajar en el velo blanco de su uniforme de colegio. Se miró en el espejo de su recámara, desnuda y con velo, y rezó brevemente en una de las lenguas restauradas del espíritu, que había aprendido durante sus años de escuela primaria. Lo hizo en voz suficientemente alta para que su mamá pudiera escucharla:

—Remash udoshka fretenguesh asash. Perdonashques or daughthersherker por Asabananana omo platoquesh-quesh rivadam.

Volvió a mirarse en el espejo y se colocó y alineó la larga enagua verde que le corría desde la cintura y, llena de paletones, le llegaba hasta los tobillos, cubriendo unas blancas y bien formadas piernas que agradecían las clases de gimnasia que había recibido desde niña. Se puso la blusa blanca, se abotonó de abajo hacia arriba de forma que cubriera hasta el cuello y se acomodó los hombros para subirse los tirantes. Eva se apuró al escuchar a su mamá llamándola para que no llegara tarde al colegio. Tomó su mochila y su *Smartphone* y le pidió a su asistente virtual, Goliat, que apenas saliera, apagara las luces de su cuarto.

Al ingresar al aula, Eva saludó efusivamente a su profesora de ciencias, Laura Alabado, quien la ayudó a que fuera seleccionada, como representante de los cuartos años, para participar en el concurso más importante que se realizaba en el colegio: “Restaura a un pecador”, basado en el tratamiento de las tres eles: “límpiale el corazón, llénalo del amor divino y llévalo a la vida nueva anunciada por el Señor”.

Sus compañeras de estudio estaban muy ansiosas por saber si Eva escogería a una de las almas que tenían el pecado de la avaricia y se negaban a diezmar, a una de las que tenían el pecado de la pereza y se negaban a rezar, a una de las que tenían el pecado de la arrogancia y se negaban a obedecer, a una de las que tenían el pecado de la falta de humildad y pretendían aprender por cuenta propia, o a una de las que tenían el pecado del ocio y se negaban a trabajar gratuitamente los fines de semana en los Equipos Básicos de Atención Espiritual (EBAES) del Profeta.

Todas temblaron cuando Eva anunció que su intención era restaurar a Adán Árbol, propuesta que, una vez conocida, provocó un acalorado debate entre los pastores y siervas que dirigían el colegio y originó todo tipo de discusiones sobre las capacidades de las mujeres para restaurar varones.

*

—El problema principal —indicó Elías Ángel, subprofeta, director del colegio y especialista en asuntos relacionados con la risa pecadora— es de control y seguridad. Precisamos garantizar que la sierva Paraíso no vaya a ser contaminada por el pecado.

—Ciertamente —respondió Abel Querubín, preapóstol especialista en las técnicas de apaciguamiento de los deseos de la carne—, pero ese es el mismo cuidado que siempre hemos tenido en los casos en que una alumna restaura a otra.

—Pero ¿ya vieron ustedes al pecador que desea restaurar Paraíso? —volvió a la carga Ángel—. Árbol es un caso perdido, todos lo sabemos. Con él hemos utilizado los recursos de restauración existentes y sin ningún éxito.

—Ángel, Abel tiene cierta razón —terció Noé del Arca, representante de los padres de familia y célebre restaurador—. Dejemos que Paraíso lo intente. Probablemente será un total fracaso y en adelante ya no tendremos que preocuparnos de que las mujeres pretendan restaurar hombres.

Querubín y Ángel se llevaron las manos a la boca en un vano intento por disimular su escandalizado asombro.

—No hay por qué ruborizarse. En casos así es mejor llamar al pan, pan, y al vino, vino. A nuestras siervas debemos recordarles, de vez en cuando, que los puestos de pensamiento y dirección, y los procedimientos de restauración masculina, siempre estarán en manos de los hombres, y que mejor forma de hacerlo que cuando ellas mismas muestran las limitaciones con que el Señor las creó.

Con ese razonamiento, del Arca convenció a sus hermanos en la fe. Allí mismo, autorizaron a Paraíso para que durante el concurso, que duraba una semana, dedicara todas sus fuerzas espirituales, a restaurar a Árbol, con la obligación de reportar diariamente las conversaciones que sostuviera con él. Al recibir la comunicación oficial, Eva saltó de la alegría en el pasillo y corrió a la oficina de Alabado a informarle las buenas nuevas. La profesora se comprometió a prepararla con mucho empeño, pues tenía la convicción de que si alguien podía probar que una mujer también era capaz de restaurar hombres, esa era Eva. Si la joven tenía éxito, a Alabado se le allanaría el camino para solicitar al subprofeta Ángel que la incorporara a la junta directiva del colegio en condición de sierva preferente.

*

El primer día del concurso, llovió toda la mañana. A Eva le correspondía reunirse con Adán a las dos de la tarde. Según las instrucciones de Alabado, Eva aplicaría una combinación de tres métodos en un orden sucesivo: primero, intentaría auscultar el alma del pecador, para determinar si sus males respondían a fuerzas ocultas o si eran contaminaciones del espíritu; segundo, debía enseñarle al pecador a aceptar sus culpas y temer al infierno que le esperaba si insistía en seguir la senda de las tentaciones; tercero, una vez limpio y restaurado, lo redimiría de las cadenas que lo ataban y lo consagraría al Señor.

—Para que el pecador pueda tener libertad de desahogar su corazón —dijo Alabado— está científicamente probado que es mejor que la conversación sea privada, aunque cada diez minutos exactos se activará la cámara de vigilancia de la habitación de restauración para asegurar que todo va bien. Sabrás si está encendida porque en la pantalla de este controlador aparecerá un ícono; el sistema vigilará que todo vaya bien por un minuto y se apagará de manera automática.

—De acuerdo —dijo Eva y tomó el controlador.

Aunque conocía a Adán desde que ingresaron a preescolar, Eva tenía casi un año de no verlo, luego de que fuera expulsado del colegio por haber estrellado el Mercedes de su mamá, en visible estado de ebriedad, contra la estatua del Profeta que acababa de ser inaugurada en el Paseo de Salomón. Además, en el piso del auto los expertos forenses encontraron residuos de fluidos corporales femeninos, que no pudieron ser identificados, y masculinos, que coincidieron con el ADN de Adán.

Delgado, moreno, de mediana estatura, con un profuso pelo negro y ojos tan impenetrables como una noche oscura, Adán sonrió al reconocer a su restauradora.

—¿Cómo es que han autorizado a una mujer para que restaure a un pecador de la carne? —preguntó Adán.

Discretamente, Eva colocó el controlador sobre el escritorio; Adán observó la luz verde, dejó de sonreír y guardó silencio.

—Adán —dijo Eva—, al saber que habías caído en el pecado, sentí desprecio por ti, como todos los buenos siervos lo hacen por los pecadores a quienes preferimos fuera de nuestras fronteras espirituales. Pero después recapacité y comprendí que mi labor como Eva es restaurarte y devolverte a las manos de Dios.

—Vas a perder tu tiempo y el mío —respondió Adán.

—No estés tan seguro —contestó Eva.

*

Apenas la luz verde se apagó, Eva se precipitó hacia Adán, abriendo las piernas de par en par para sentarse cómodamente en su regazo y abrazarlo por el cuello. Adán la besó apasionadamente primero en la boca y luego por todo el rostro. Sus manos se deslizaron por la espalda de Eva, firme y suave, se detuvieron brevemente en su cintura y descendieron todavía más. Eva no llevaba ropa interior.

—Tenemos cuatro minutos para acabar y dos para arreglarnos antes que se active la cámara —advirtió Eva.

—¡Perfecto! —respondió Adán.

Cuando la cámara de vigilancia se reactivó, cada uno estaba en su asiento, separados por el escritorio.

—Eva —dijo Adán—, antes de escucharte, creía que no necesitaba ninguna restauración porque me sentía muy feliz en el pecado; pero tus palabras me han hecho ver que Satanás era el que reinaba en mi corazón.

—Me alegra saber que he traído nuevamente la luz del Señor a tu vida —respondió Eva.

—Desde ya espero restauraciones más profundas e intensas —añadió Adán.

—También yo —contestó Eva.

—Oremos otra vez —propuso Adán—. ¿Quién podría haber imaginado que una sierva con el nombre de la primera mujer que hizo pecar al primer hombre, sería la Eva que devolvería a este Adán al Jardín del Edén?

—Remash udoshka fretengush asash ... —empezó Eva, mientras contemplaba cómo la luz verde del controlador volvía a apagarse.

Dione

Ximena Miranda

Después de recolectar hielo de los anillos, escucha el hermoso arpegio de guitarra de aquella canción que le encanta. “Half of what I say is meaningless. But I say it just to reach you . . .”, dice la voz de John Lennon. Ahora las velas están abiertas, y la nave comienza un aterrizaje controlado a través de la niebla anaranjada. Un lago negro de etano líquido es testigo del descenso suave y preciso. Camina por las cámaras de control de gases hasta abrir la última compuerta para salir de la nave. Da cuatro pasos sobre la arena y se detiene, con ojos llorosos, para apreciar el paisaje nebuloso. Sus retinas son las primeras en la historia humana que capturan esto directamente, antes solamente conocido por medio de sondas espaciales. Las líneas laterales de su traje envían señales a los receptores de la piel. Ondas del viento y versiones ajustadas de los cambios de temperatura se suman a sus corrientes eléctricas internas, que ya están haciendo lo que normalmente hacen para erizar hasta el último pelo. El traje está equipado con baterías especiales y cámaras de micro-combustión que utilizan el metano de la atmósfera para mantener una temperatura adecuada en estas tierras frías y lejanas.

Recoge un poco de arena, y observa con ojos muy abiertos su extraña consistencia magnética y pegajosa. Su máscara extrae y envía la esencia en una forma segura a sus receptores

de olfato. El ruido de la nave se detiene, y entonces puede escuchar un sonido de fondo de baja frecuencia con un tono modulado de los vientos lunares. La preparación de aire para que pueda respirar está funcionando perfectamente en su tanque, evaporando el oxígeno líquido, incorporando nitrógeno de la atmósfera, calentando y ajustando los requerimientos al aumento en el consumo que demanda la adrenalina. Toma aire en una inhalación profunda y exhala lentamente. Julia, la primera persona en caminar sobre Titán, está en una misión para colonizar la helada superficie de esta luna que le da una cara a Saturno.

Camina de regreso a la nave y vuelve a pasar por las cámaras, luego se cambia para estar más cómoda. La ligera gravedad en Titán le permite sentarse en lugar de flotar y disfruta de ese momento. Está pensando en la textura de aquellas telas de microfibra cuando una voz le recuerda abrir la cajita pequeña y tomar la pastilla del primer compartimento. La memoria central de la nave está programada para recordárselo cada veinticuatro horas, y ella tomará una diaria por treinta días. Luego cambiará esa píldora por la de otra caja, que tomará por más tiempo, hasta que el día llegue.

Julia revisa todos los aparatos de su nuevo hogar, este pequeño apartamento en que se ha convertido la nave. En esta cámara, los planos y materiales para los invernaderos. En esta otra, las piezas y herramientas para las plantas energéticas de metano. Repuestos para los generadores de oxígeno. Impresoras 3D multi-materiales para lo que sea necesario inventar y fabricar. Hace un escrutinio de todos los espacios, cámaras, bolsas, microcomputadoras y botones, abriendo y tocando todo. Se detiene brevemente frente al compartimento amarillo que contiene las semillas. Revisa los paquetes metálicos leyendo sus etiquetas: Portobello

RT42, Brocoli BN999, Berenjena LC44. No puede evitar reírse, aunque lo hace suavemente. Tantas secuencias de ADN se han cambiado que ya deberían tener otros nombres completamente. Pero ya no le importa. Ya ni sentido encuentra en ser vegetariana, aunque lo fue por mucho tiempo. ¿Y entonces qué si estas berenjenas sintetizan proteínas que originalmente vienen de huevos de pájaro? En inglés le dicen eggplant, pues entonces por primera vez tendría un nombre preciso. Un chiste de esos medio geeks que se le ocurrían a veces. Reír se siente bien, aunque se estuviera riendo sola.

Julia arma lo que será su cama y se sienta sobre ella por un momento. Se arrecuesta y cierra los ojos. No esperaba poder dormir hoy, pero los sueños vívidos demuestran lo contrario. Espacios oscuros, rocas flotando y personas de distintas épocas de su vida conviven en los túneles de su mente. El viaje del sueño la lleva a una finca con su abuela, que le cuenta otra vez la historia de cuando huyó de aquel pequeño país que estaban restaurando. Conversan mientras se comen un pastel de berenjena, y la abuela también le dice cómo hacer para que quede tan rico. Hay un salto raro, típico de los sueños, y ahora está jugando con versiones miniatura de sus hermanas. Caminan a través de los campos dorados hacia un galerón. Detrás de la puerta, escuchan un grito y se vuelven a ver. Se asoman y encuentran a un hombre en un traje negro, sentado frente a su escritorio. Su dedo índice está sobre un botón. Él se vuelve y la ve a los ojos, ella cierra la puerta y sale corriendo.

Ahora no encuentra a sus hermanas. ¿Dónde están? Las busca desesperadamente, pero no las encuentra. Dirige la mirada hacia arriba, y un árbol sin hojas pasa flotando por el aire. Algo está perdido, hay que buscarlo, encontrarlo. Susurros en sus oídos le dicen “yo también, yo también,

yo también...” Aves. Niños. Arena. Un puntito azul. Rocas flotantes. Espacio oscuro. Despertó, pero mantuvo los ojos cerrados, recordando que ahora estaba en Titán. Así fue como dejó todo. Absolutamente todo. Si tan solo pudiera tomarse las pastillas de la caja completa de una vez. Pero no, tiene que esperar. Julia se decide a abrir los ojos, y se topa con los anillos y otras lunas de Saturno a través de la ventana. Ese paisaje anima a cualquiera. Bueno, a cualquiera que tenga las retinas modificadas, como las suyas, para poder apreciarlo.

*

El tiempo pasa. Julia está en el invernadero junto al lago, asegurándose de que las lámparas estén funcionando bien. Las berenjenas hidropónicas están creciendo, y ella ha logrado incorporar algunos ingredientes locales en las fórmulas. Las frutas carnosas y moradas se ven bien, y también Julia. Ya casi termina su segunda caja de pastillas. ¿Y si pudiera cocinar las berenjenas como lo hacía su abuela, una versión espacial de la receta de “berenjenas a la parmigiana”? Sonríe con la idea. Claro que no tiene todos los ingredientes. Tal vez una misión futura venga y traiga más opciones. Pero tal vez nunca llegue alguien más. Al menos, no en una nave.

Regresa a su cuarto y revisa los paquetes de semillas para planear futuras siembras. Luego se vuelve y se detiene para admirar su última construcción. Junto a su cama, hay una pequeña cuna plateada con sábanas moradas y una almohadita anaranjada. Revisa la incubadora temporal; todo está en orden después de que tuvo que abrirla. Adentro hay 49 embriones humanos, cada uno capaz de iniciar un linaje distinto de mujeres partenogénicas. El primero ya ha sido implantado, y a veces cree sentirlo; pero es muy temprano para saber si completará su desarrollo exitosamente.

En múltiples direcciones, otras mil reinas humanas están viajando desde la Tierra para colonizar distintas esquinas de la galaxia. El futuro de la humanidad está en sus manos.

Después de una gestación de veinte semanas, conocerá a la segunda a bordo de esta misión. Julia se alegra de no tener que esperar tanto como sus abuelas o su madre, porque estos 97 días ya se han sentido como una eternidad y este es apenas su primer embarazo. La música de siempre la acompaña y de nuevo escucha la canción de John Lennon. Con una vista clara de los anillos y de Dione, una Julia embarazada se sienta a comer berenjena. Ahora, su pelo largo de cielos flotantes también está brillando. Sus ojos de nácar centellean con esperanza. Y en ese momento, escogió el nombre de la primera mujer que nacería en las lunas de Saturno y que guardaría los diarios de Julia para preservar su historia.

Dejar de fumar

Alí Viquez

—No tarda en llover —dijo el alto. Era alto, enjuto, lampiño, con dientes manchados por la nicotina, las manos le temblaban levemente. Como de treinta años. Estaba al volante.

—Tal vez por eso se apuren a sacar al perro —dijo el bajo. Era bajo, robusto, tenía los ojos oscuros y rasgados. Como de cuarenta. Empuñaba una cámara.

El alto abrió la puerta del automóvil estacionado, un modelo especialmente escogido por su discreción: ni nuevo ni viejo, ni muy grande ni muy pequeño, de un color que disimulaba lo más posible el que los vidrios eran polarizados. Sin bajarse, se puso a fumar.

—No deberías —le dijo el bajo—. La idea siempre es llamar la atención lo menos posible.

—¿Y cómo llama la atención que alguien fume?

—La gente se da cuenta de que hay un carro frente al edificio y no está vacío. Deberían creer que es solo un carro parqueado más.

Lo miró con aires de superioridad. El alto era nuevo en el negocio; el bajo era de los primeros miembros y había trabajado con varios compañeros en más de tres años.

—No me puedo quedar toda la tarde sin fumar.

Cerró la puerta. Las ventanas estaban hasta arriba.

—Ah, no —dijo el bajo—. No te permito que me asfixiés con el humo; ese olor me repugna. Asqueroso. Andá, te das una vuelta a la otra cuadra y te fumás tu porquería.

—Okey.

El alto se fue.

El bajo siguió concentrado en vigilar la entrada del edificio. Apartamentos de cierta categoría: muy pequeños, pero nuevos y a cinco minutos del centro. Así era ese negocio: esperar, esperar, esperar, hasta que Dios lo quisiera. Alguna vez le había comentado a su pastor que el trabajo encomendado se le hacía tedioso, pero este le dijo que toda espera responde a la voluntad divina y ocurre en el tiempo de Dios. Aunque fuese aburrido el proceso, los servicios brindados eran muy necesarios. ¿A cuántos indeseables habían logrado sacar del camino? Muchos, muchísimos, gracias a la labor paciente de personas como él, siervos del Señor que dedicaban horas y horas a estar de guardia hasta que lograban lo que se proponían. “Usted recibirá una recompensa invaluable, todos los que nos ayudan a tener un mejor país lo harán”, le aseguró el pastor. Mientras tanto, es decir, mientras venía la recompensa invaluable, tenía las pequeñas recompensas contantes y sonantes. Vivía bien. Claro que, con tres hijos en edad escolar, no le sobraba el dinero. Pero a veces le iba de perlas, porque la paga dependía de la presa. Si lograba la evidencia de alguien importante, le daban un buen billete, como cuando fotografió a un magistrado de la Sala Tercera y al gerente del banco privado más grande de Centroamérica, con sede principal en Costa Rica. Lo mejor es que le salieron ambos en un solo trabajo: estaba cazando a uno y, por casualidad, resultó que andaba con el otro, que ya constaba en la base de datos manejada por la Central, pero no sabían dónde pescarlo. Par de sinvergüenzas, besuqueándose en el cine.

El alto abrió la puerta.

—¿Nada? —preguntó mientras se sentaba.

—No. Creo que nos vamos a fregar hoy. Cuando llueve, solo uno saca al perro. No les gusta pasear de la manita si está lloviendo, al par de maricones.

El alto miró hacia arriba:

—La carpeta dice que el cardiólogo en jefe vive en el último piso. Tal vez podríamos encontrar un ángulo para tomarles fotos por las ventanas desde aquella otra construcción.

—Qué ocurrencia... ¿No viste que todo el edificio tiene vidrios polarizados? De veras que estás tiernito, vos: tratá de ser más observador o no servirás en esto.

El alto enrojeció de vergüenza.

—El enfermero vive abajo, en un apartamento de menos categoría —dijo el bajo—. No se arriesgan a vivir juntos. Eso era antes. La cantidad de maricones que vivían juntos, sin la menor vergüenza de que se supiera. Asqueroso.

El bajo tomó la cámara con ambas manos, exhibiéndola como un trofeo.

—Es cuestión de paciencia para verlos degradados. Adiós, jefatura médica. Y el enfermero, a barrer el hospital.

El alto tosió un poco y se aclaró la garganta. Le costó volver a hablar:

—Si salen tampoco hay garantía. Ya los vimos pasear ayer y no se dieron la mano, mucho menos un beso.

—Se cuidan. Incluso antes, los maricones sabían que en la calle los podían apalear si se ponían cariñosos. Pero ahora se respeta a Dios porque se respeta. Por eso el país está mejor, porque hay vergüenza.

Respiró profundo, satisfecho.

—Pero les llegará un descuido, te lo digo yo. No se puede estar en guardia todo el tiempo: alguna vez se tienen que

relajar. Yo ya aprendí a esperar a que lo hagan. Vos, pellizcate un poco y tené paciencia.

Comenzó a llover. Tupido. Del edificio salió un tipo cubierto con una capa amarilla. Ni alto ni bajo.

—Ahora es cuando se le ocurre salir al playazo este —dijo el bajo—. Solo trae al perro. Mejor nos vamos.

El alto no respondió.

—Vamos, te dije. Antes de que nos vea.

El alto no se movió.

—Pero, bueno, ¿qué te pasa?

—Me duele el pecho —murmuró el alto—. No... no puedo respirar.

—¡Vos y tu fumadera! ¡Te lo he dicho, que eso es malísimo! El cuerpo es un templo y hay que cuidarlo como la morada de Dios... Jamás envenenarlo, pero no me hacés caso aunque me preocupe y ya ves, ya ves...

—A...yuda...

El cardiólogo pasó al lado del carro. El bajo abrió la ventana:

—¡Doctor, mi compañero se siente mal...!

*

—No lo puedo seguir asechando —dijo el alto—. Me salvó la vida.

Estaban saliendo del hospital, al día siguiente.

—No te salvó nada —dijo el bajo—. No era un infarto, solo estuviste en observación. Un pinche ataque de ansiedad. El trabajo es el trabajo, y hay que seguir haciéndolo, porque es para Dios.

Subieron al carro.

—¿Pero por qué tengo tanta ansiedad? Eso es lo que me dijeron que debía preguntarme y resolver. ¿Por qué fumo así? ¿Por qué me tiemblan las manos?

—El de arriba es el único médico infalible. Estás alejado del buen camino. Ya no sos tan joven y te hace falta casarte, fundar un hogar con hijos, abandonar los vicios. Yo sé que el grupo de la iglesia te hace dejar de fumar en dos toques. Esa boca tuya tan hedionda: por eso nunca te beso. Asqueroso.

Mami, te van a lapidar

Anacristina Rossi

—Mami, te van a lapidar. En plaza pública. Te van a matar a pedradas —me dice a bocajarro mi hijo mayor abriendo la puerta de mi estudio.

Yo estoy concentrada, apenas si lo oigo. Superconcentrada tratando de entender los seis números clave sin los cuales el universo no existiría. Levanto la cabeza. Mi hijo Alejandro me agarra justamente en el valor de N, que mide la fuerza que mantiene los átomos unidos, dividida por la fuerza de gravedad que hay entre dichos átomos. Estoy tan atenta al libro que apenas lo oigo y no logro comprender lo que me está diciendo.

—¿Qué me van a qué? —le digo levantando la cabeza y quitándome el pelo de la cara.

—A matar a pedradas.

—Pero cómo. ¿Por qué? —me cuesta salir de N. Hago un esfuerzo.

—Dejá ese libro. Vos pasás demasiado tiempo metida entre libros —me reprocha Ale.

—Es mi trabajo, Ale. Además, es que los amo.

—Vení —me dice con voz asustada—. Sentémonos en esté sofá y conversemos —agrega mirándome con intensidad.

Ale tiene treinta y seis años. Es gay y es guapísimo. Debería tener amantes, ojalá una pareja. Pero está solo. Algo en la belleza asusta, pienso.

—¿Me van a matar a pedradas, eso dijiste? ¿Aprobaron la lapidación?

—Por supuesto. Y no te enteraste. Vos vivís en la luna.

—Ale, no vivo en la luna. Estuve un mes afuera. Regresé hace dos días. ¿Cómo me iba a enterar?

—La aprobaron ayer. Modificaron, una vez más, la Constitución. Sos parte del Colectivo Mujeres en Lucha. Alguna de ellas debería haberte alertado. Los congresistas lo venían discutiendo desde hace semanas. Salir del país no significa desconectarse. Existen las mensajerías gratuitas en el celular, las redes sociales, el correo electrónico. En estos momentos salir de viaje es como no salir.

—Ale, casi todas esas redes están intervenidas.

—No todas, no. No han podido, por ejemplo, intervenir Whatsapp.

—Yo, desde el Gran Cambio, me cuido muchísimo cuando uso alguna mensajería. Y cuando salgo del país me desconecto.

—¿No revisás tu Whatsapp?

—No confío en WhattsApp. En el Colectivo Mujeres en Lucha utilizamos Telegram porque nos aseguraron que jamás se dejarán intervenir. Pero no lo revisé durante el viaje y a mi regreso tuve mucha cosa...

—¿No te mantenés en contacto con papi? Por cierto, me pidió que te avisara que hoy llega a las diez. —Ale agacha la cabeza y agrega—: Nada le costaba mandarte un mensaje.

—Sabe que yo dejo el celular apagado por horas, y que si estoy muy concentrada se me olvida prenderlo.

—Okey. Mami, cuando comenzó el Gran Cambio ustedes, las del Colectivo, llenaron las calles, los parques, las plazas. Siempre estabas alerta. Perdoná pero hoy, ahora, aquí, no te siento nada alerta.

—Ale, nuestra lucha sólo sirvió para que metieran a un montón de mujeres a la cárcel. El país fue Rehabilitado igual. La vida cambió, se transformó en algo horrible. ¿Cómo no voy a estar alerta?

—Pues es lo que yo me pregunto. ¿Cómo no adivinaste que, con la abrumadora mayoría que tienen en el Congreso, iban a aprobar la lapidación? Todas las mujeres de este país ya deben saberlo. Menos vos. Pero tu expediente —y el de muchos otros, yo incluido, como toda la comunidad LGTBI— lo abrieron desde el Gran Cambio hace dos años.

—¿Como sabés? —le pregunto.

—Porque tenemos contactos muy buenos. La comunidad LGTBI se defiende, mami. Por cierto, en los últimos meses no has estado muy activa con Mujeres en Lucha. Acordate que la unión hace la fuerza.

—Es verdad, esta última investigación me ha absorbido. Y en los ratos libres, leo ciencia. Sí, es una forma de escapar. Este país Rehabilitado es deprimente. ¿Quiénes te ayudan, Ale?

—Gente que está en los cuatro organismos del Gran Cambio. ¿Al menos sabés cuáles son esos organismos?

—Claro —le digo recogéndome el pelo en una cola—. El Ministerio de Educación, que ahora se llama de Rehabilitación Esencial. El Ministerio de la Familia, que es el antiguo Ministerio de la Mujer. La CIS, o sea la Central de Inteligencia y Seguridad, y ese nuevo organismo adscrito a la CIS, las Brigadas Esenciales.

—Bueno, mamá, okey, por lo menos sabés eso. Y me imagino que también tu Colectivo se enteró de que los gringos le dieron un súper apoyo a las Brigadas Esenciales. Es a lo que más plata le han metido. Pero no te diste cuenta de la creación del nuevo ministerio, ese que venían anunciando desde que tomaron el poder.

—¿Ya lo crearon? —pregunto abriendo mucho los ojos. Dios mío, los mensajes eran urgentes. Mari y Emi me han estado llamando, dejándome recados. Yo no las he atendido, ni devuelto llamadas. Al regresar me absorbió mi trabajo. Y otra cosa, pero esto no tiene por qué saberlo Ale.

—Está creado. Se llama el Ministerio de Moral Bíblica. Ese lidera la cruzada. Están convocando a una constituyente para adaptar la Constitución al Gran Cambio. No veo para qué, si en el Congreso ya la modificaron casi toda.

—¿Incluido permitir la lapidación?

—Ya te dije que sí. A vos como que no te cae la moneda. Es la moral bíblica, mamá.

—¿Y por qué me van a lapidar a mí?

—Para que escarmiente el resto. Sos un personaje público.

—Un momento, Ale. Yo no soy un personaje público. Soy una historiadora. Trabajo en un Centro de Investigaciones financiado por lo que va quedando de la Unión Europea. ¿Eso me da celebridad?

—Publicaste dos libros que ganaron premios.

—Mucha gente en este país gana premios. Hay escritoras y escritores que se han opuesto con vehemencia a la Rehabilitación. ¿Por qué no los lapidan a ellos?

—Bueno, no sé. O más bien, lo sospecho. Eso es lo que quiero conversar.

—Ale, ¿tenés hambre?

—No, mami, no te vayás a la cocina y tampoco por las ramas. Vamos al grano.

—¿De qué me acusan, Ale?

—Bueno, la lista de acusaciones es larga. Si querés te la leo. Me la mandaron hoy.

Ale saca el celular del bolsillo de la camisa, busca y rebusca. Yo de pronto me siento agotada. Cansadísima. Me

gana exactamente la misma tristeza que cuando el mundo se volvió gris después del Gran Cambio. Eduardo, mi compañero desde hace treinta y ocho años, tuvo una depresión. Yo evité la crisis porque la vida ya me había dado a Craig. Con solamente acordarme de su nombre me gana una deliciosa flojera en las piernas. Craig. Ale ya empezó a leer. Levanta los ojos y no entiende por qué de pronto tengo una sonrisa. Congelo la sonrisa.

—Seguí, Ale.

—...te acusan de propagar la ideología de género, de ser abortista -que después del Gran Cambio es ser asesino potencial-, de glorificar el paganismo...

Lo interrumpo:

—¿Glorificar el paganismo? ¿Cómo?

—Parece que se refieren a tus investigaciones. El que le dediqué tanto tiempo a asuntos de la India y la Grecia antiguas. Y a los romanos...

—¡Esas son mis investigaciones premiadas! ¡Premiadas internacionalmente!

—Bueno. Por eso te quieren hacer escarmentar.

—Pero no me van a lapidar por esas acusaciones tan generales, porque además tengo un equipo que se dedica a investigar lo mismo que yo.

—Exactamente. Te van a lapidar por un hecho concreto, puntual. Mami, sos una mujer casada y tenés un amante. Te vieron.

Craig. Cierro los ojos. No tiene que saberlo nadie, ni siquiera mi hijo. Además, ¿es realmente un amante? Nos vemos solamente dos veces al año. He sido cuidadosa.

—¿Cómo, me vieron? Yo no tengo un amante. Pero claro, estamos en el reino de la pos verdad. Basta que alguien lo haya dicho en Twitter.

—No, mami. Te vieron.

—¿Cómo, me vieron? Explicame.

—Te vieron con un hombre rubio, bastante menor que vos. Anoche.

El tiempo se detiene. Cerramos la puerta. Craig me rodea la cintura con sus brazos musculosos. Me acerca a él. Me besa. Su boca es la fuente de todas las delicias. Su lengua. ¡Ay, su lengua! Siento que ya voy a cerrar los ojos con solo recordar. Pero me obligo a abrirlos, a mirar a Ale.

—Bueno, sí. Visité a un amigo anoche. Trabajamos juntos.

—Mami, te siguieron. A las once de la noche te bajaste de tu carro con un hombre joven. Rubio. Caminaron pegaditos, acaramelados. Entraron a una casa que él alquila, y de allí saliste a las dos de la madrugada. ¿Papá sabe de esto?

—¿Por qué tendría que saber tu papá que me reuní a trabajar con un amigo? Es mi vida...

Estoy a punto de agregar “mi vida privada”, pero me muerdo la lengua. Ya no hay vida privada y todos lo sabemos. El Gran Cambio la eliminó.

—Mami, aquí hay un plegable que te dejaron en la puerta. No lo viste, entonces yo lo recogí. Anuncia la creación del Ministerio de la Moral Bíblica. Mirá, dice: “El ser humano es libre porque fue creado a imagen y semejanza de su Creador. Pero libertad no es libertinaje. No es el cambio climático lo que amenaza la supervivencia de la humanidad. El Creador está enojado y nos manda catástrofes del clima por el libertinaje, en particular de las mujeres. Debemos apegarnos a la libertad, que es ejercer el libre albedrío siguiendo la ética cristiana. Colabore con la cruzada del Ministerio de la Moral Bíblica para salvar a la humanidad. Si usted conoce una mujer libertina, escríbanos a: info@moralbiblica.gob.cr”.

—Hay delación desde el Gran Cambio. Yo no tengo amante, Ale.

Estoy diciendo la verdad, de cierta manera. Porque vernos solamente dos veces al año y por cuatro o cinco días es poco para un par de amantes. Pero ni mi hijo ni nadie tiene que saber cómo ha funcionado la cosa con Craig, nuestro amor. Parte de la resistencia es seguir teniendo una vida privada, cueste lo que cueste. Aunque sea diez días al año. El tiempo gira y se para otra vez. Craig me lleva a su cuarto. Me mira a los ojos mientras empieza a desvestirme... Le quito el pulóver. Lo huelo. Qué infinita delicia.

—Mami, jamás creí que me fueras a negar a mí que ese cabro es tu amante.

—Estoy trabajando con él en mi última investigación. Yo funciono de noche, eso vos lo sabés. Siempre he sido noctámbula, es un asunto de metabolismo, de biorritmo. Por eso terminamos tarde. Es sobre las corridas de toros.

—¿Cómo se llama, mamá?

—¿La investigación? El nombre provisional es: “La tauromaquia, herencia de Roma”.

—No, no me interesa tu investigación. Me refiero al hombre ese. Según los registros ustedes se ven desde hace año y medio.

Me quedo callada. Una luz de esperanza se abre: sus registros se equivocan. Fue hace más de tres años. No había ganado las elecciones Rehabilitación Total. Él me buscó. Encontró en una librería madrileña mi primer libro premiado, en el que yo esboqué mi investigación de ahora: cómo se transmitió, a la fuerza, el gusto por la sangre del circo romano; en la Bética primero, luego en Hispania en general. A Craig, que forma parte de un grupo europeo para prohibir las corridas de toros, le encantó. Me buscó. Movié cielo y tierra hasta dar conmigo. Tomó aviones, cruzó mares. El

primer encuentro fue en París. En el apartamento de un amigo suyo. Toqué el timbre. Me dio el código. Me esperaba al pie de la escalera. Lo vi y se me desbocó el corazón. Era julio. Andaba con una camiseta Lacoste que mostraba los músculos del torso, los bíceps. Me tendió la mano. Tomé sus dedos largos, suaves. Subimos dos pisos mirándonos. Entramos, cerró. Tomó mi pelo largo y ondulado y se tapó con él la cara. Luego sentí sus manos apretarme las caderas...

—...

—Mami, ¿por qué cerrarás los ojos? De verdad, estás rarísima. Si no querés decir cómo se llama el chico está bien, lo respeto. Lo grave es que te pueden venir a buscar ya, de día o de noche, son así. Mi contacto, que se llama Soledad, y te advierto que es un nombre ficticio, dice lo siguiente.

Ale vuelve a coger su teléfono y lee en voz alta:

—“Primero le van a dar la oportunidad de dejarlo. Tiene que pasar al menos seis meses sin verlo y sin tener ningún contacto con él por mensajerías electrónicas ni redes sociales ni teléfono. Si no lo deja, tu madre les dará lo que quieren: el primer caso de lapidación. Les servirá para mostrar que las mujeres profesionales son libertinas y que las féminas deben estar encerradas en la casa evitando tentaciones. Si deja al amante —a satisfacción de las Brigadas Esenciales y del nuevo Ministerio— tiene que hacer un arrepentimiento público. Por eso les sirve que tu madre sea un personaje conocido, premiado, etc...”

—Pero ¿cómo arrepentirme de algo que nunca ocurrió?

—¿Ves que sos terca como un mulo, mamá? Dejame seguir: “Si no deja de ver al amante y no hace el arrepentimiento público viene la lapidación, que tiene su reglamento: un número definido de piedras se lanza durante un número definido de horas. Si tu madre no muere, la obligarán a dar charlas explicando su rehabilitación”.

—Yo estoy tranquila —digo suspirando—. No tienen pruebas.

No pueden tener pruebas. He sido extremadamente cautelosa. Nos comunicamos por una mensajería confidencial irlandesa que pertenece a los servicios secretos para los que él trabaja. Craig es ingeniero de sistemas y también espía. Claro que me gustaría verlo más a menudo. Pero los pocos días al año que nos damos tienen tal intensidad que me conformo con eso.

—Pues sí hay pruebas, mamá.

—Es imposible.

—No, no lo es. Te filmaron. Te grabaron.

Me echo a reír. Todo es una mala broma. Me quieren intimidar.

—Ja ja ja. ¿Me filmaron? ¿Con qué cámaras?

—Poner cámaras se ha vuelto lo más fácil del mundo.

—¿Y vos viste las fotos, o videos?

—Sí —dice Ale con pesadumbre—. Sole me las consiguió.

—¡Enseñámelas! —le grito a Ale. He pasado de la risa al terror en un minuto.

—Anoche en la Asamblea Legislativa también aprobaron la figura de libertinaje agravado: el que es con adulterio, persistente, tenaz, con prácticas sexuales que van contra Dios, como el sexo oral u anal.

Me levanto. Esto no me lo esperaba. Tomo mi teléfono. Ale me mira, interrogante.

—Estoy llamando a Janitzia. Voy a pedirle que me acompañe mañana temprano a revisar el apartamento de Craig...

—¡Craig! ¡Así se llama! —dice Ale con voz de triunfo.

Yo me tapo la boca. ¡Qué imbécil! ¡Cómo se me fue a salir?

—Bueno, sí. Ese es el nombre de mi amigo. De saber su nombre a que sea mi amante hay un gran trecho.

—Mami, no hay trecho. Te filmaron. Yo lo vi, es decir, te vi. Es horrible para un hijo decir esto pero debo salvarte la vida: estaban haciendo el amor en la cama de él. Demasiado sexo oral. Además se ve muy joven, ¿qué edad tiene?

—Puede ser un montaje fotográfico. Ahora la tecnología permite falsificar cualquier cosa.

—¡Ay, mami, eras vos! Y puedo describirte al joven rubio y de ojos verdes. Medirá un metro setenta y ocho. Muy muy blanco salvo los brazos y las piernas. ¿Juega tennis?

No le contesto a Ale. Me levanto, voy a la cocina y me sirvo un vaso de agua. Sí, juega tennis. Quiere saber su edad. No se la diré. Cuarenta y cinco años, veintidós menos que yo. Cierro los ojos. Otra vez el tiempo para. Está frente a mí. Su boca exquisita. La delicia de su olor. Tenue, limpio, sin trazas de desodorante. Me besa apretándome contra su cuerpo. Mientras nos besamos...

—¡Mamá! —grita Ale.

—Sí, sí, hijo, ya te oí. Vine por un vaso de agua y me dio hambre —lanzo desde la cocina.

Ale llega a la cocina y me vuelve a preguntar la edad de Craig. No le contesto. Me dice que él también tiene hambre. Se dirige a la despensa. Saca el frasco donde guardo las semillas de marañón. Vierte un puño en un plato, les echa miel. Come unas y me encara:

—Por lo menos ya admitiste que tenés amante.

—Ale, lo veo cuatro o cinco días dos veces al año. ¿Eso es ser amantes?

—Pues claro que sí. Será un amante furrís que te da muy poco, pero amante es.

—Las fotos son un montaje. Voy a buscar las cámaras y si las encuentro...

—Mami, jamás encontrarás las cámaras, son microscópicas. Están asesorados por inteligencia gringa, saben lo que

hacen. No vayás a revisar la casa del tal Craig. No perdás tiempo. ¿Por qué no renunciás a esa relación? Arriesgar la vida por ver a un maje dos veces al año no tiene sentido —Ale mueve de lado a lado la cabeza—. Tenés sesenta y siete años. A tu edad...

—¡Cómo, a mi edad! ¡Las personas de sesenta y siete años tenemos deseos, y la misma capacidad sexual, si no más, que las personas de treinta y seis, como vos!

—Mamá, sos una mujer mayor. Si hubieras parido un o una heterosexual podrías tener hasta bisnietos.

—Ale, las mujeres de sesenta y siete no somos ancianas. Yo no tengo ni una arruga, hago mucho ejercicio, tengo vitalidad, fuerza... y me siento atractiva.

—Es verdad que estás bien conservada— observa Ale.

—¡Conservada! ¡Me hacés sentir como una momia!
¡Qué horror!

Ale se toma la cabeza con las dos manos.

—Mami, no discutamos por eso. Yo he venido a advertirte que te tienen fichada, que anoche aprobaron lapidar públicamente y que vas a ser el primer caso. A menos que lo evités, cortando con tu amante. Dejalo. Te lo ruego. Ya te diste el gustazo, mamá.

Sí, claro que podría terminar el affaire. Pero no quiero. No me da la gana. Por la simple razón de que hacía mucho tiempo que no me sentía tan viva. Es como si mi cuerpo y mi mente hubieran sido sacudidos, desempolvados, reseteados, recargados.

—Como vos decís, tengo cierta reputación nacional e internacional. Las del Colectivo Mujeres en Lucha podemos mover influencias, armar un escándalo. No creo que en ningún país de Occidente se permita lapidar.

—Mamá, estás en la luna. Rehabilitación Total está apoyado por los países más grandes de América: Estados

Unidos, Brasil, Perú, Colombia. Nada vas a mover. En Brasil ya empezaron a lapidar.

Me cubro la cara con las manos y respiro hondo, hondo.

—Ale, si tuvieras sesenta y siete años y treinta y ocho de vivir con la misma persona, serías más comprensivo.

—¿Vos querés dejar a papi, mamá?

—¿Estás loco? Quiero vivir con tu papá hasta el fin de mis días. Eduardo es irremplazable.

—Entonces dejá de jugar con fuego. Hablando de papi, mirá, dejó su celular aquí —exclama Ale tomando del armario de las servilletas un *iPhone* que yo nunca había visto.

—Ese no es el celular de Eduardo —le digo asombrada.

—Pues sí es. No tiene clave ni código, puedo ver sus mensajes. Están dirigidos a Eduardo Dinart. No hay otro Eduardo Dinart en este país.

Después de servirme un poco de ensalada y un vaso de vino me voy al comedor. Me echo en un sillón cómodo y pongo la ensalada y el vino en una mesita. Ale, absorbo en el *iPhone* que acaba de aparecer, bebe una cerveza.

—Contame qué hay en ese *iPhone*. Parece que te fascinó.

—Papá tiene una amante.

Que Eduardo tenga una amante me extraña mucho pero en el aprieto en que me encuentro esa sería mi última preocupación.

—¿Y cómo sabés?

—Tiene un mensaje de un ministerio, no dice cuál. Está codificado pero me suena que es el de Moral Bíblica. Te lo voy a leer. Dice: “Amigo Carlos Dinart: como usted sabe los hombres somos superiores a las mujeres (lo puede leer en Jueces, Génesis, Levítico, Deuteronomio, 2 Crónicas, Jeremías, Mateo, Pedro, Pablo, Juan, Apocalipsis). Para los hombres es legal y moral tener amantes, concubinas y

esposas (Puede leerlo en Génesis, 26:34, 28:9, 36:2-6; en Jueces, 8:30; en 2 Crónicas, 11:21 para citar solo unos pocos pasajes). Sin embargo, mientras queden feminazis revoltosas y mujeres que se crean iguales a los hombres, es decir, mientras no eliminemos totalmente la ideología de género, debemos tener cuidado. Para que el procedimiento de lapidación de su mujer resulte, usted debe ser absoluta y totalmente discreto con su amante Lorena. Verla poco. No escribirle. Cuando la vea, no deje trazas”.

Apuro la copa de vino, voy por un suéter y el pasaporte y sin que Ale tenga tiempo para reaccionar y detenerme salgo corriendo, voy al garaje, enciendo el motor. Me dirijo al apartamento de Craig. Tengo llave.

Abro. Lo encuentro haciendo la valija. Nos abrazamos, nos besamos. Pero enseguida se pone otra vez a meter ropa en su maleta.

—¿Te vas? ¿No te quedabas hasta el viernes? Hoy es martes.

—No, *my darling*. Salgo mañana.

—¿Vas a Dublín?

—Sí.

Hay algo raro en Craig. No es el mismo. Le muestro mi pasaporte y le pregunto en inglés:

—Si compro ahora mismo el pasaje, ¿puedo irme con vos? Me quieren matar por adúltera.

Craig guarda silencio. Yo insisto. Entonces deja de acomodar ropa en la maleta y me mira:

—A mí me están obligando a dejar el país, prácticamente me están deportando. Mejor. Hoy sucedió algo muy raro y además espantoso.

—¿Qué pasó, Craig?

—Primero me interrogaron sobre ti. Tus costumbres, tu manera y mi manera de hacer el amor. Me aplicaron

electricidad en los testículos. Tengo que decirte que fui un cobarde.

—¿Cómo? ¿Qué hiciste?

—No soporté el dolor. Me hicieron otras cosas, en el ano, y tuve que cantar. Me di cuenta de que sin suficiente entrenamiento la tortura hace hablar. Me siento avergonzado. ¡Valiente espía!

—¿Ya nunca nos veremos más?

—Yo no podré volver. Y después de lo que dije, no te dejarán salir a ti.

—Entonces compro el pasaje ya y me voy con vos.

—Es que no sé. Tendrías que cambiarte de nombre, convertirte en otra.

—¿Vos tendrías un pasaporte que me cubriera?

—Podría arreglarte un salvoconducto urgente.

—¿Tanto hablaste?

—*Forgive me.*

Dejar a mi hijo. Dejar a Eduardo que es la mitad de mi vida, y al que amo, también. Dejar mi trabajo, mi nombre, mi identidad, mi país.

Pero no tengo alternativa.

La prima Clara

Iván Molina Jiménez

Era joven y bonita. Por un breve instante, pareció desorientada, pero después, con una timidez contenida, se dirigió al procesador de usuarios y deslizó su tarjeta de crédito. El sistema la reconoció de inmediato y la saludó con su infalible voz artificial:

—Bienvenida dos mil veintiuno seis mil seiscientos cincuenta y dos. Por favor, siéntese. Le corresponde el número diecisiete. Su tiempo aproximado de espera es de quince minutos.

La mujer miró con desconfianza los asientos disponibles y prefirió permanecer de pie. Vestía y calzaba con sencillez y carecía de todo aditamento, por lo que inferí que debía tener ingresos muy limitados para no poder usar siquiera unos aretes o permitirse un mínimo de brillo labial.

—Número diecisiete —dijo el sistema— puede pasar a la estación de servicio cinco.

Luego de respirar profundamente, la mujer, sin apresurar el paso, se acercó a mi escritorio. Con un gesto, la invité a sentarse.

*

—Primero vamos a verificar sus datos —dije—. ¿Su nombre completo?

—María del Carmen Sánchez Elizondo.

—¿Edad?

- Veintitrés años.
—¿Estado civil?
—Soltera.
—¿Tiene hijos?
—No.
—¿Dónde vive?
—Urbanización La Luz, Sabanilla de Montes de Oca, apartamento número 7-320C.
—¿Con quién vive?
—Mis papás y mi hermana.
—¿Nombres, edades y ocupaciones?
—Elisa María Sánchez Elizondo, quince años, estudiante; María de Jesús Elizondo Corrales, cuarenta años, Técnica de Limpieza 1; Raúl Sánchez Abarca, electricista, cuarenta y tres años.
—¿El apartamento es propio?
—Sí, pero está hipotecado.
—¿Dispone la familia de algún medio de transporte?
—Solo la moto, es de mi papá.
—¿Tiene novio?
—Ahora no.
—¿El nombre del último novio que tuvo?
—Luis Alejandro Alpízar Rojas.
—¿Cuánto duró la relación?
—Dos años.
—¿Cuándo y por qué terminaron?
—Hace tres meses. Él conoció a otra persona.
—¿Sabe cómo se llama?
—Greisel Chacón Mora.
—¿Mantiene usted alguna comunicación con Alejandro?
—No.

Salvé la información y esperé a que el sistema desplegara una nueva pantalla. La mujer me miró fugazmente a los ojos.

—¿Trabaja?

—Sí.

—¿Adónde?

—En Durman.

—¿Cuánto tiempo tiene de laborar en esa empresa?

—Dos años.

—¿Tuvo otros empleos anteriormente?

—Fui cajera en un supermercado.

—¿En cuál?

—La Crucecita, en Sabanilla.

—¿Por cuánto tiempo?

—Tres años.

—¿Cuál es el último título académico que obtuvo?

—Técnico en Contabilidad, clase b.

—¿A cuánto asciende su salario actual, sin deducciones?

—Cinco mil keylors.

—¿En cuánto le queda con los descuentos de ley?

—Tres mil quinientos keylors.

—Además del diezmo obligatorio, ¿colabora con el voluntario?

—No.

—¿Por qué no?

Sin poder evitarlo, la mujer se ruborizó y una profunda tristeza se dejó ver en su mirada. Esperé a que recuperara el aliento y entonces respondió:

—Es que mi sueldo es muy bajo. Si colaboro con el diezmo voluntario, ya no me alcanza.

—¿De cuánto es el crédito de su tarjeta?

—Cincuenta mil keylors.

—¿Cuánto gasta al mes con su tarjeta?

—No más de dos mil keylors.

—¿Qué hace el resto?

—Ahorro algo y lo demás es para ayudar a pagar la deuda del apartamento.

—¿Cuánto tiene ahorrado?

—Once mil doscientos keylors.

—¿En cuál banco?

—El de la Nueva República.

Verifiqué que el sistema terminara de salvar la información, dejé el teclado a un lado y de frente a la mujer, le pregunté:

—¿Cómo la llaman en su casa? ¿María? ¿Carmen? ¿María del Carmen?

—Maricar.

Sonreí y le dije:

—Mucho gusto, Maricar; me llamo Clara Chaves y, por si acaso se lo pregunta, sí, estoy emparentada con el Profeta. Soy prima tercera por línea materna.

Entre sorprendida y asustada, la mujer susurró:

—Mucho gusto.

Decidí aguardar unos segundos, por si acaso iba a añadir algo más, pero como no lo hizo, le dije muy seria:

—Maricar, ahora que ya nos conocemos, cuénteme por qué está aquí.

*

—Como le dije —empezó la mujer—, en Durman el salario es muy reducido, menos que el mínimo legal. Además, la empresa no reconoce horas extras ni paga aguinaldo, y como no está afiliada a la Caja, tampoco tengo seguro social. Por eso, apliqué por una plaza de oficinista en el Instituto Restaurado de Seguros y quedé preseleccionada. Si gano el puesto, voy a tener un sueldo de casi nueve mil

keylors más beneficios, pero me falta cumplir con un requisito indispensable.

—¿El Certificado de Piel Restaurada? —pregunté.

—Sí —susurró vacilantemente.

—Hace dos años —adopté la paciente expresión de una maestra que ha explicado el mismo tema miles de veces—, al aprobarse la Ley de Restauración Epidérmica, se estableció que ninguna persona tatuada podría laborar en las instituciones del Estado, y se fijó un plazo improrrogable de seis meses para que quienes se encontraban en esa situación, se inscribieran en el Registro de Control Dermatológico y pudieran adquirir un plan voluntario de destatuación con equipos de alta tecnología y a precios muy cómodos. ¿Por qué no se destatuó entonces?

—No podía.

—¿Por qué no?

Vacilantemente, la mujer respondió:

—Esa ley tenía unas excepciones.

De pronto, me estremecí ante lo inesperado. Sin poder disimular mi asombro, dije:

—Las personas con tatuajes sexuales, satánicos, sacrílegos o de la Virgen de los Ángeles quedaban sujetas a multas y a contratar un tratamiento pastoral...

Me detuve al ver que la mujer se contenía para no sollozar, extendí mis brazos y acaricié suavemente una de sus manos. Sentí casi de inmediato el impulso inicial de Maricar por apartarse, pero se detuvo y con voz entrecortada añadió:

—Para mí, en ese momento, era imposible pagar las multas; además, con qué tiempo iba a tratarme si en esa época salía de mi casa a las seis de la mañana y regresaba a las nueve de la noche, de lunes a sábado.

—¿Dónde tiene el tatuaje?

—En el hombro izquierdo.

—¿De qué es?

—La Virgen.

—¿Cómo hizo para conseguir trabajo en Durman con ese tatuaje?

—Fui a que me retataran y la Virgen se convirtió en un pájaro dodo.

—¿Puedo ver?

Discretamente, la mujer se levantó la manga de la blusa: a simple vista no quedaba traza alguna de la Virgen.

—Permanecer con el tatuaje de la Virgen es una falta muy grave, sujeta al pago de multas; pero haberse retatuado es un delito, punible con cinco años de cárcel.

Mis palabras tuvieron el efecto de una descarga eléctrica, por lo que me apresuré a añadir:

—Sin embargo, no se preocupe, no la voy a denunciar. De hecho, toda la conversación que acabamos de tener, nunca ocurrió.

—¿De veras? —preguntó con voz esperanzada.

—Sí, pero no se ilusione todavía.

—¿Por qué?

—Le explico: en lo que a mí concierne, usted me acaba de informar que tiene tatuado un dodo y que desea removerlo para aplicar por un Certificado de Piel Restaurada. Voy a cargar a su tarjeta de crédito tres mil keylors de multa y siete mil quinientos keylors por el procedimiento de destatuación. Después, le daré una orden con la que se presentará el próximo sábado, a las seis de la tarde, al Registro de Control Dermatológico para ser destatuada.

Procedí a hacer los cargos y a formalizar la cita; después agregué:

—Una vez que la ingresen para el procedimiento, el destatuador va a solicitarle que le enseñe el tatuaje, lo va a

examinar detenidamente y va a preguntarle si ese es el único que tiene. Responda que sí. Procure estar calmada y no despertar sospechas.

Sin poder disimular su preocupación, Maricar me preguntó:

—¿Qué pasa si no me cree?

—Sería una tragedia —respondí—. En ese caso, el destatuador va a someter su tatuaje a un examen especial con un avanzado analizador epidérmico, va a descubrir a la Virgen y usted terminará en la cárcel.

—¿Y si voy con un destatuador clandestino?

—Temo que es muy tarde para eso, puesto que su procedimiento ya está programado en el sistema. Además, una destatuación ilegal no solo pondría en riesgo su salud, sino su vida misma, y siempre podría terminar en la cárcel.

Casi desesperadamente, Maricar murmuró:

—Desde ya sé que me van a descubrir.

—No se dé por vencida antes de librar la batalla —contesté—. Practique sus palabras y sus gestos frente a un espejo y el día de la destatuación colóquese esto en la solapa de la blusa.

Con toda discreción deposité en su mano izquierda un broche con la cara sonriente del Profeta, perteneciente a mi colección especial de signos externos y de uso exclusivo para colaboradores cercanos y familiares.

—¿De verdad cree que esto me ayude?

Al mirar sus ojos completamente abiertos y atravesados por un brillo tan intenso que me regresó inesperadamente a los sueños que abrigara cuando tenía veinte años, contesté sin poder contener del todo mi emoción:

—Sin duda. El Profeta hará por usted lo que la Virgen no pudo.

Acerca de las autoras y los autores

DAVID DÍAZ ARIAS, Ph.D. en Historia por Indiana University (Estados Unidos) y profesor catedrático en la Universidad de Costa Rica. Ha publicado diversos trabajos sobre la historia de Centroamérica y Costa Rica. También ha publicado ensayos sobre ciencia ficción latinoamericana, centroamericana y costarricense y algunos cuentos de ese género. Correo electrónico: david.diaz@ucr.ac.cr

RAFAEL ÁNGEL HERRA, autor de una veintena de libros, alterna entre el texto literario (novelas, cuentos, poesía) y el ensayo. Un libro sobre violencia apareció en traducción francesa (Quebec). El poemario *Escribo para que existas* se publicó en versión bilingüe italiano-español en Palermo. Las traducciones al alemán de sus libros *La divina chusma*, *El ingenio maligno* y *La brevedad del goce* están disponibles en tiendas digitales; y también en alemán, como libros impresos, *D. Juan de los manjares*, *Artefactos*, *La guerra prodigiosa* y *Viaje al reino de los deseos*. Esta última novela ha formado parte de las lecturas del Bachillerato costarricense. Sus relatos han aparecido en varias antologías internacionales. Se doctoró en la Universidad Johannes Gutenberg de Maguncia, Alemania. Fue profesor huésped en las Universidades de Bamberg y Giessen de ese país. Es miembro de número de la Academia Costarricense de la Lengua y ha sido catedrático de filosofía

de la Universidad de Costa Rica, cuya *Revista de Filosofía* dirigió por más de dos décadas. Fue Embajador de Costa Rica en Alemania y en la UNESCO. Correo electrónico: rafaelangel.herra@gmail.com

XIMENA MIRANDA se graduó del Bachillerato y de la Maestría en Biología en la Universidad de Costa Rica, con una especialidad en comportamiento de insectos. Después se incorporó al programa llamado Mente, Cerebro y Educación de la Universidad de Harvard, en donde obtuvo una Maestría en Educación. Es co-autora del libro *Membrácidos de la América tropical*, familia de insectos en la cual ha estudiado la comunicación por vibraciones de sustrato. También es autora o co-autora de varios artículos científicos sobre entomología, publicaciones sobre proyectos de docencia universitaria y ensayos sobre ciencia, creatividad y educación. Uno de sus cuentos de ciencia ficción, “Caterpillars”, ganó en el año 2017 el concurso internacional de Transcultural Arts Production (TrAP, Noruega).

IVÁN MOLINA JIMÉNEZ (1961) tiene una Maestría en Historia de la Universidad de Costa Rica (1984), institución en la que se desempeña como profesor en la Escuela de Historia e investigador en el Centro de Investigación en Identidad y Cultura Latinoamericanas (CIICLA). Autor de numerosos estudios sobre el pasado costarricense, en particular, y centroamericano, en general. Ha publicado la novela *Cundila* (2002), varios libros de cuentos de ciencia ficción y relatos de este mismo género en antologías costarricenses y extranjeras. Correo electrónico: ivanm2001@hotmail.com

ANDREA MORA ZAMORA, es una periodista costarricense que, a sus 26 años, acaba de publicar su primer libro *Piel*

de mujer. Es licenciada en periodismo de la Universidad Federada de Costa Rica y bachiller en Ciencias Políticas de la Universidad de Costa Rica, y tiene una maestría en Dirección Comercial y Marketing, de la Escuela de Negocios de la Universidad de Murcia, en España, ENAE Business School. Correo electrónico: vamz2503@gmail.com

ANACRISTINA ROSSI es una escritora costarricense con una amplia producción narrativa, en la que destacan las novelas *María la noche* (1985), traducida al francés y publicada en Francia en 1997; *La loca de Gandoca* (1992), de la que se han vendido más de setecientos mil ejemplares; *Limón blues* (2002), que obtuvo en el 2004 el Premio Latinoamericano de Narrativa José María Arguedas otorgado por Casa de las Américas, *Limón reggae* (2007), cuya versión en italiano fue impresa en el año 2010, y *La Romana Indómita* (2016). Ha publicado también cuentos de ciencia ficción y ensayos académicos, el libro de cuentos *Situaciones conyugales* (1993) y un libro para niños sobre cambio climático.

ARABELLA SALAVERRY. Escritora y actriz. Premio Nacional de Literatura Aquileo J. Echeverría 2016. Se forma en diversos países latinoamericanos en donde estudia Artes Dramáticas y Filología (México, Venezuela, Guatemala y Costa Rica). Publica en editoriales nacionales y en España. *El sitio de Ariadna*, novela; *Impúdicas*, cuentos. Poemarios: *Llueven pájaros*, *Erótica*, *Continuidad del aire*, *Violenta piel*, *Dónde estás Puerto Limón*, *Chicas malas*, *Breviario del deseo esquivo*, *Arborescencias*. Presente además en antologías, periódicos, revistas y blogs literarios en Costa Rica y México, España, Polonia, Italia, Rumanía, la India, Ecuador, Argentina y Colombia. Escenarios de varios países han albergado su voz en recitales personales. Traducida a múltiples idiomas. Ocupó la

Presidencia y la Vicepresidencia de la ACE (Asociación Costarricense de Escritoras) y actualmente dirige el Grupo EL DUENDE. Invitada a Encuentros y Festivales de Escritores nacionales e internacionales. Jurado en concursos nacionales e internacionales de poesía y narrativa. Participa como actriz en más de 50 montajes de diversas instituciones. Trabaja en producción, dirección y actuación para radio, cine y televisión. Correo electrónico: arabella.salaverry@gmail.com

ALÍ VÍQUEZ (Heredia, 1966) es escritor, profesor e investigador de literatura. Dicta en la Escuela de Filología de la Universidad de Costa Rica cursos de literatura española y universal y actualmente dirige el Departamento de Literatura. Ha escrito en los géneros de novela, cuento, poesía, ensayo y decenas de artículos académicos; es autor de once libros, entre los cuales destaca *El fuego cuando te quema*, novela que recibió el Premio Nacional Aquileo J. Echeverría 2015.



La Editorial Clubdelibros fue fundada en el año 2010. Desde entonces, ha publicado más de 115 títulos en géneros tan variados como la ciencia ficción, la fantasía, el terror, la literatura infantil y juvenil, la novela histórica, la narrativa erótica y la producción académica. Puesto que la meta de esta casa editora es tener un país lector, desarrolla constantes actividades con escuelas y colegios para fomentar la lectura directamente en las aulas, donde están los lectores de hoy de mañana.

Los relatos incluidos en este libro se desarrollan en un país donde el poder está en manos de políticos evangélicos, cuyas particulares visiones de mundo sobre la mujer, las relaciones de pareja, la sexualidad, el cuerpo, la educación e incluso el arte culinario, han sido plasmadas en la constitución y en las leyes, y han reformado la vida cotidiana.

